



MUERTE POR CORRESPONDENCIA

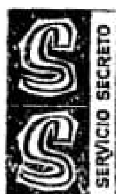
clark carrados

MUERTE POR CORRESPONDENCIA

CLARK CARRADOS

MUERTE POR CORRESPONDENCIA

1.ª EDICIÓN
ABRIL - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 2812 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 6836/61

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
733 — Límites de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:
604 — Conspiración. 607 — La clave escarlata.

En Colección BUFALO:
396 — El tren de las 7'30. 438 — Capitán fracaso.

En Colección CONGO:
6 — Sahara en rojo.

En Colección TEXAS:
307 — La vuelta del yanquí.

En Colección CALIFORNIA:
240 — Doble rescate.

En Colección COLORADO:
106 — ¡Bandidos! 228 — Seis al infierno.



MUERTE POR CORRESPONDENCIA

POR CLARK CARRADOS

CAPÍTULO PRIMERO

El asesino era un humorista.

Como tenía que anunciar su muerte a seis personas, a las cuales había jurado matar un día u otro, estimé que era demasiado trabajo escribir las cartas a mano o a máquina, por lo que las hizo en una multicopista.

Cada uno de los seis destinatarios recibió su carta puntualmente. Y todos, menos uno, reaccionaron de la misma manera: esto es, yéndose a denunciar el increíble hecho al jefe de policía.

Tunner Sbero, el dueño del mejor almacén de Masakegoo, sudaba más que nunca y su calva parecía brillante como jamás lo había estado. Resollaba como un caballo después de ganar el “Derby”, y el sudor le caía en chorros que parecían de mantequilla fundida a lo largo de la cara redonda y sofocada.

—Ese hombre va a venir —gemía—. Tienes que hacer algo, Max. De lo contrario, nos matará a todos. Así lo juró cuando fue condenado.

—Bien, bien —contestó el joven jefe de policía de Masakegoo, Max Landy—, cálmese usted, señor Sbero. Todavía no ha venido, y dudo mucho de que lo haga. Estaremos vigilantes y le impediremos que cometa los crímenes que ha tenido la desfachatez de anunciar. Váyase tranquilo a su casa y, por si acaso, procure no salir después de obscurecer. Yo y mi ayudante velaremos para que no le suceda nada.

Casi a continuación, entró en la comisaría de policía Elsa Korpey, seca, angulosa, de ojos brillantes y codiciosos, con una expresión de continuo

fanatismo en su rostro desprovisto de afecto. Max se dijo que Elsa no había apreciado a nadie en sus cuarenta y cinco años de existencia, ni tampoco nadie la había apreciado a ella. Mientras la contemplaba, Max se dijo que Elsa, trescientos años atrás, habría sido acusada de brujería o hubiera sido de las que hubiesen llevado la leña a la hoguera en que debía asarse alguna bruja. Ahora, como no podía hacer tal cosa, pedía la cabeza de una persona: la del asesino que había osado amenazarla.

—Debe usted hacer algo —dijo enérgicamente—. Es usted el jefe de policía y para eso le pagamos los ciudadanos de Masakegoo, para que proteja nuestras vidas y nuestros bienes.

—Mi ayudante y yo vigilaremos para que no le suceda nada, señorita Korpey —contestó el joven pacientemente—. Vuélvase a su casa y no haga nada sin darme cuenta inmediata.

Elsa Korpey se puso en pie y le miró con ojos centelleantes:

—¡Que mi sangre caiga sobre su cabeza si es derramada por ese vil asesino! —declamó con énfasis dramático.

Max empezó a preocuparse. Ya eran dos los que habían recibido sendas amenazas de muerte —cuyos ejemplares tenía allí delante, sobre la mesa —, y por lo que podía juzgar, aún no había terminado.

—Faltan cuatro —le dijo Chick Dunstan, su ayudante, un tipo calmoso y flemático, aficionado al tabaco de mascar—. Johnny McTell dijo que volvería un día para matar a las seis personas que le habían condenado a muerte.

Max miró con interés a su ayudante.

—Yo no estaba en la ciudad en aquella época. Además, era muy joven para darme cuenta de las cosas. Usted recuerda bien lo que sucedió, ¿no es eso, Chick?

El comisario soltó un escupitajo teñido de marrón en dirección a la escupidera del rincón. Acertó de lleno.

—¡Ya lo creo! Menudo follón se organizó con la muerte de Bareton. Recuerdo que…

Dunstan no pudo seguir hablando. La puerta del despacho se abrió de pronto, y un hombre menudo, de aspecto tímido, vestido con un mono azul y un sombrero de paja, penetró en la estancia.

Melvin Treiggs temblaba como un flan recién hecho y parecía a punto de echarse a llorar. En su mano izquierda blandía un ejemplar de la carta que ya empezaba a hacerse famosa.

—¡Me ha amenazado, jefe! —lloriqueó—. Tiene que protegerme. Ese McTell es muy capaz de cumplir sus propósitos. Y yo no hice otra cosa que cumplir con mi deber de ciudadano consciente de…

—Bueno, bueno, señor Treiggs —cortó el joven, arrojando una significativa mirada hacia donde se encontraba su ayudante—. Le protegeremos, no se preocupe. Johnny McTell no le hará nada, esté seguro

de ello. Y ahora, ¿quiere darme la carta? He de guardarla como prueba de convicción para el día en que nos veamos obligados a utilizarla contra el asesino.

Treiggs se la entregó temblando.

—Me iré de Masakegoo —anunció gimiente—. Yo no puedo vivir así, esperando cada día a que Johnny McTell venga a rebanarme el pescuezo.

—Johnny McTell no matará a nadie, se lo garantizo yo —declaró el joven con firmeza—. Y ahora, váyase a su casa y no salga de ella bajo ningún concepto, ¿estamos?

Treiggs pareció calmarse algo. Saludó con timidez y se fue.

—No me gustaría estar en su pellejo —gruñó Dunstan.

—¿Cree que McTell es capaz de cumplir su amenaza? —preguntó el joven.

—McTell es capaz de todo eso y de mucho más, muchacho. Un hombre capaz de matar a Bareton…

—¿Cómo sucedió la cosa, Dunstan? Cuéntemelo, por favor —rogó Max.

El comisario movió la cabeza.

—Ralph Bareton era un tipo orgulloso y pagado de sí mismo. Poseía la mejor granja de la ciudad y algunos negocios, que le convertían en el hombre más adinerado de todos. Físicamente, a pesar de sus cuarenta años, estaba muy bien, y más de una jovencita suspiraba por las cuatro canas de sus sienes, ¿me comprendes, muchacho?

Max asintió. Sacó cigarrillos, pero Dunstan rechazó el que le ofrecían.

—Bareton, sin embargo, no hacía caso de ninguna, excepto de una: Manny Cripps, la novia de Johnny. Los dos hombres habían tenido ya algunos roces por el dichoso asunto, y Johnny le había dicho a Bareton, una vez en público, en el *Sad Lady,* que dejase en paz a Manny o le partiría la cabeza. Ya sabes, muchacho, una de esas frases de amenaza que carecen de importancia hasta cierto punto… hasta cuando el que la recibe aparece muerto con un tiro en pleno rostro. Uno piensa decir “te partiré los labios” y la lengua se le va y dice: “Te partiré la cabeza”. Amigo, a la hora del juicio, esto le fue fatal a Johnny.

Max movió la cabeza comprensivamente. Entonces entró otra persona en el despacho.

Era un hombre alto, delgado, vestido con ropas oscuras, que le conferían el aspecto de un predicador o un sepulturero. Tratábase de Ashley Beaufort, dueño del *Sad Lady,* el bar que Dunstan acababa de mencionar.

—Johnny McTell me ha escrito, diciéndome que va a volver a Masakegoo y que me matará —anunció sin más preámbulo—. Aquí tiene usted la carta, jefe.

Max tomó el papel, dejándolo a un lado. Sonrió:

—Trataremos de hacer cuanto podamos, señor Beaufort. No es usted el

único amenazado.

—Me lo supongo, Johnny McTell juró vengarse de seis. Yo figuro entre el número de sus *clientes* —Beaufort subrayó la última palabra con una sonrisa que parecía la mueca descamada de una calavera.

—Esperemos que el señor McTell sea pronto cliente de la cárcel de la ciudad —contestó Max con una sonrisa—. Váyase tranquilo a su casa; nosotros garantizamos su tranquilidad.

Beaufort les miró desdeñosamente.

—Son solo dos y nosotros seis. ¿Cómo se las van a arreglar para vigilarnos a todos nosotros?

—Nos repartiremos a tres por cabeza —contestó el joven flemáticamente, haciendo que el pálido rostro de Beaufort adquiriese un tono rubicundo no habitual en él.

—Este no es el momento de bromear, sino de actuar —refunfuñó al marcharse.

Cuando se hubieron quedado solos, Max dijo:

—Continúe con su relato, Dunstan.

El comisario pegó un fuerte bocado a una pastilla de tabaco de mascar, se limpió los labios con el dorso de la mano y siguió:

—Bareton, sin embargo, no era hombre que cejase en sus propósitos cuando una idea se le metía en la cabeza. Manny Cripps era la chica más bonita de la comarca; muy coqueta y voluble, pero, al menos así lo parecía, sinceramente enamorada de Johnny. Lo cual no le impidió casarse antes del año con Bill Ford.

Max hizo un gesto de sorpresa.

—De modo que la actual señora Ford es la antigua novia de Johnny.

—Así es, muchacho. Para que te fíes de las mujeres. Yo, por eso continúo soltero. Bien, el caso es que, según contaron después los interesados, Manny fue un día a buscar a su novio. Tenía la blusa desgarrada y enseñaba… ¡ejem…! Bueno, es igual. El caso es que ella dijo que Bareton la había encontrado a mitad de camino y que había intentado besarla y algo más. Johnny, entonces, se puso como una fiera y dijo que aquello no podía seguir y que lo iba a matar para terminar con un bicho así de una vez. Parece que Manny lo convenció de que lo dejase por aquella ocasión, y Johnny se calmó. En apariencia, nada más, porque veinticuatro horas más tarde, Bareton aparecía con la cabeza volada de un escopetazo a bocajarro.

La puerta se abrió una vez más. Un hombre, sucio, desastrado, envuelto en una pestilente aura alcohólica, penetró en el despacho.

—Jefe —dijo carrasposamente—, vengo a denunciarle que he sido amenazado de muerte. Tome usted la carta y léala.

—Conozco su contenido; Sam —contestó el joven—. También a ti te ha amenazado Johnny McTell, ¿verdad?

El individuo parpadeó.

—Sí, ¿cómo lo sabe usted?

—Bueno, no has sido el único. A lo que parece, el cartero ha tenido hoy que trabajar horas extraordinarias. Sobre todo para encontrarte a ti, Sam, puesto que no tienes domicilio fijo.

Sam Dendry se irguió con dignidad.

—Lo hago para evadir a esos tipos de los impuestos, jefe —contestó orgullosamente.

—Ya. Y para algunas otras cosillas que es mejor no mencionar. Bien, Sam. Masakegoo está rodeado de bosques muy espesos que tú conoces perfectamente. No te será difícil, pues, esconderte en ellos.

—Johnny McTell los conoce mejor que yo —se lamentó el vagabundo.

—Entonces, te ofrezco una solución: la cárcel está vacía ahora. ¿Por qué no te quedas una temporadita, hasta que todo se haya pasado?

—¿En la cárcel? —los ojos de Dendry se desorbitaron. De pronto dio media vuelta y huyó de allí a la carrera, provocando un alud de carcajadas en los dos hombres.

Max fue el primero en recobrar la ecuanimidad.

—Esto no es cosa de risa, Dunstan —dijo—. Johnny McTell va a volver y ha amenazado de muerte a seis personas. Por lo que he podido oírte, es muy capaz de cumplir sus amenazas.

—Sí —asintió pesarosamente el comisario—. Las declaraciones de esos seis individuos fueron decisivas para la condena a muerte de Johnny. Pero cuando lo iban a conducir a la penitenciaría estatal para que se cumpliera la sentencia, pudo escaparse. De ello hace ya diez años y, hasta ahora, los seis testigos habían vivido tranquilos. A partir de este momento —Dunstan sacudió la cabeza—, no podrán dormir por las noches.

Max examinó cuidadosamente las cartas y los sobres correspondientes. El matasellos indicaba que habían sido arrojadas al correo veinticuatro horas antes en la capital del condado.

—Esto significa —dijo, después de hacer notar a su comisario tal detalle—, que Johnny se está aproximando ya a la ciudad.

—¿Quién sabe si no está ya en ella? —dijo Dunstan.

Max sintió de pronto un escalofrío.

—Masakegoo es muy pequeña y dos policías bastan de ordinario para mantener el orden. Pero cuando se trata de proteger a seis personas, la cosa es diferente.

—Y cada una de ellas vive en sitios bien distintos, Max. ¿Por qué no las concentramos en un punto con el fin de tenerlos a todos bien vigilados?

—Es una idea digna de tenerse en cuenta, Dunstan. Tendré que visitarles uno por uno y… Oiga, solo tengo cinco cartas. Falta uno.

—Sí —dijo Dunstan negligentemente—. Ruff Callamor. Ese no le pedirá socorro, jefe.

Max miró de frente a su comisario.

—¿Por qué?

—Demasiado orgulloso para hacerlo, supongo. Y no creo que me equivoque.

Max concordó con un gesto mecánico de su cabeza. Luego, su vista volvió a fijarse una vez más en el idéntico contenido de las cartas.

Johnny McTell no había sido demasiado extenso, aunque sí muy explícito. En pocas palabras decía justamente lo que quería expresar:

“Hace diez años, su declaración, falsa, por supuesto, hizo que se me condenara a muerte. Afortunadamente, pude eludir el cumplimiento de la sentencia. Entonces prometí regresar un día a Masakegoo para vengarme de quienes me enviaban a la horca. Ese día ha llegado ya. En cualquier momento, puede usted recibir un escopetazo o una puñalada o encontrarse con tres onzas de arsénico en su café matinal. Satanás se reirá mucho al verle llamar a las puertas de su infierno.

“J. McT”.

—Está impresa en multicopista y desde luego no lleva su firma —comentó, tras de releerla. Acto seguido, guardó las cartas y los sobres en un cajón que cerró con llave.

Se puso en pie y, yéndose hacia el perchero, tomó el cinturón con la pistola y el sombrero.

—Dunstan, a partir de este momento, tenemos que andar con cien ojos. Usted patrulla constantemente la ciudad. Conoció a Johnny, según creo.

—Sí —el comisario meneó la cabeza—. Un buen muchacho. Alegre, reidor, dispuesto a prestar su ayuda a cualquiera… pero enredado en los ojos de Manny Cripps, que fue lo que le llevó a la ruina final. Una lástima de chico, la verdad.

Max se detuvo un instante, muy pensativo.

—Es extraño que no haya amenazado a Manny —dijo—. Ella se casó antes de un año. ¿No le parece que para un hombre de las características de Johnny resulta incongruente que no haya enviado a Manny una carta semejante?

—De un tipo como Johnny nunca se sabe lo que va a hacer en el momento siguiente. Además, ¿quién sabe si Manny no ha recibido una carta como esas?

—La veré más tarde —decretó el joven—. Ahora, quien más me interesa es Ruff Callamor. Quiero hablarle —se puso el sombrero y se ajustó el cinturón—. No deje de hacer lo que le he dicho. Ah, el autobús de la *Greyhound* pasa dentro de media hora. Vigile a las personas que desembarcan del mismo. Johnny habrá cambiado algo en diez años, pero usted es buen fisonomista, Dunstan.

—La cara de Johnny es de las que no se olvidan jamás, muchacho —contestó flemáticamente el comisario, empezando a ponerse en pie.

CAPÍTULO II

Mientras se sentaba ante el volante del único coche de que disponía la policía local, Max pensaba amargamente en el suceso que le había correspondido en turno.

Era aún muy joven, apenas había cumplido los veintisiete años, y llevaba dos en el cargo, con la plena aquiescencia de los ciudadanos de Masakegoo, que eran los que le habían elegido para el cargo, sin casi hacer él ningún esfuerzo por conseguir la estrella. Eleazar Murphy, el anterior jefe de policía había muerto en un accidente desgraciado, persiguiendo a unos destiladores clandestinos, y el Concejo Municipal le había ofrecido el cargo, pues en Masakegoo sentían ahora aires renovadores y querían alguien con cierta base científica al frente de los guardadores de la Ley y el orden. Max había estudiado leyes durante varios años, y ello, a los ojos de los ciudadanos de Masakegoo, le confería una autoridad y un prestigio de que nunca había gozado el anterior jefe.

Por supuesto, el cargo debería haber recaído sobre las espaldas de Chick Dunstan, quien llevaba quince años de comisario, pero Dunstan carecía de las cualidades del joven. Era terco y honrado a su manera, pero carecía de flexibilidad y ductibilidad para tratar a la gente, y en un empleo semejante, se necesitaba muchas veces la diplomacia antes que la fuerza coercitiva de la Ley o de los puños. Sin embargo, Dunstan no guardaba el menor rencor al joven y vivía feliz y plácidamente con su empleo de único comisario de Max.

Después de entrevistarse con Callamor, se dijo, iría a ver a Manny Ford. La joven, sin duda, tendría muchas cosas que contarle respecto a Johnny McTell.

Dio el contacto y embragó. No quiso utilizar la sirena; era algo que le desagradaba profundamente; demasiado chillón resultaba ya el coche pintado de blanco y negro.

Cruzó por delante del almacén de Sbero. Este despachaba en aquellos momentos a unos clientes. Había más gente que lo acostumbrado. ¿Acabaría Sbero haciendo mejores negocios que nunca con la amenaza recibida?

De repente, alguien le salió a la mitad del camino, agitando los brazos. Max detuvo el coche y sonrió.

—¿Cómo está, Sabine? —preguntó.

Era una joven encantadora, de ojos azul oscuro, fina silueta y cabello leonado. Poseía una tienda de ropa interior para señoras y hacía unos seis meses que se había establecido en Masakegoo, con notable éxito hasta el

presente, según podía juzgar el joven.

—Hola, Max —contestó ella—. Me alegro de verle.

—¿Va a alguna parta? Si es así, puedo llevarla.

La joven sacudió la cabeza graciosamente.

—No. Simplemente quería preguntarle una cosa, Max. Es decir, si usted puede contestármela.

—Trataremos de complacerla, Sabine ¿De qué se trata?

—Hace unos momentos oí un comentario entre dos de mis clientes. Decían que un tal Johnny McTell iba a volver a la ciudad y que mataría a seis personas. ¿Es cierto eso?

—Si mata a seis personas, no quedaremos muchos más vivos —sonrió el joven—. Masakegoo es muy pequeña…

—Oh, déjese de bromas. ¿Es verdad, Max?

—Al menos, así lo ha anunciado, Sabine. Otra cosa no puedo decirle; sería tanto como mentirla a usted, y eso es muy feo, ¿no cree?

Ella no contestó. Quedóse muy pensativa, mordiéndose el labio inferior con gesto de preocupación.

Luego alzó la cabeza.

—Bien, gracias por sus informes, Max. Hasta la vista —y dio media vuelta, encaminándose hacia su tienda, situada a pocos metros de distancia.

Max se quedó mirándola con aire intrigado. ¿Por qué una muchacha tan atractiva como Sabine Wess había de preocuparse por un tipo como Johnny McTell, a quién no había conocido tan siquiera?

Se encogió de hombros y reanudó su camino.

Diez minutos más tarde, detenía el coche ante la mansión de Ruff Callamor.

La casa de Callamor estaba situada a quince kilómetros de la ciudad, en el centro de un vasto parque, sombreado por álamos, cipreses y sauces. Era de tipo colonial y su fachada estaba sostenida por seis gruesas columnas de piedra, con una amplia balconada en el primer piso que corría a todo lo largo de la misma.

Callamor era el más importante propietario de Masakegoo. Suyo era el Banco y algunos otros negocios, además de poseer importantes plantaciones de algodón y tabaco. Hasta el momento, permanecía sin casar, no sin que las muchachas de Masakegoo hubieran hecho los mayores esfuerzos por recibir una sortija de compromiso por parte de Callamor. Este, sin embargo, parecía preferir por el momento su libertad de soltero.

Saltó del coche y trepó de un salto los tres escalones que separaban el suelo del pórtico. Llamó a la puerta.

Un anciano sirviente negro le atendió. Con su dulzarrón acento, el criado le condujo a una salita, donde el joven encendió un cigarrillo para entretener la espera.

Callamor tardó diez minutos casi en aparecer. No se disculpó siquiera por su tardanza.

—Me han dicho que quería verme usted, Landy —dijo secamente.

Max contempló a su interlocutor. Era alto, esbelto todavía, de unos treinta y ocho años de edad, magníficamente llevados, con un aire de orgullo y altivez que nunca le abandonaban, y que se reflejaba principalmente en el gesto voluntarioso de su prominente mandíbula y en la fría mirada de sus ojos azules, muy claros.

—Así es, señor Callamor —declaró el joven—. Por si no lo sabe, le diré que Johnny McTell…

—Lo sé —le interrumpió el otro desabridamente—. Yo también he recibido una carta.

—En la cual le amenaza de muerte.

—Exactamente.

—¿Quiere darme la carta, por favor? La necesito como prueba por si acaso un día…

—He destruido esa carta, señor Landy. Personalmente le diré que considero el mensaje como una estupidez. Más todavía, como la broma de un tipo que quiere divertirse a costa de seis honrados ciudadanos que declararon un día cuanto sabían acerca de un crimen repugnante. No he de negar que el tal McTell nos amenazó de muerte a los seis, pero de ello hace ya diez años. En todo este tiempo, ¿no cree que habría tenido ocasión más que suficiente de cumplir su amenaza?

—De eso no puedo decirle nada, señor Callamor —contestó el joven—. Mi deber, como jefe de policía, es cuidar de sus vidas y de sus bienes. Hay un hecho evidente y concreto: un hombre ha cursado seis amenazas de muerte y tengo la obligación de impedir a toda costa que las cumpla.

Una sonrisa desdeñosa curvó los labios de Callamor.

—Deje que yo me proteja a mí mismo, *sheriff* —manifestó—. Deje que ese McTell asome la nariz por mí casa y verá cómo no vuelve a amenazar a nadie en toda su vida.

Max se encrespó.

—Usted no hará nada, señor Callamor —dijo con acento tajante—. Recuerde que Johnny McTell tiene todavía pendiente una condena a muerte y que sigue siendo un fugitivo reclamado por la justicia. Su obligación, si le viera, es avisarnos a nosotros. El resto corre de cuenta mía y de mi ayudante.

—Entonces, ¿no voy a poder usar siquiera del derecho de legítima defensa? —preguntó, entre burlón y airado, el dueño de la casa.

—Por supuesto, pero procure que el caso aparezca bien claro. Según tengo entendido, es usted un excelente cazador y su puntería es magnífica. Péguele un tiro en un hombro, no en el pecho, ¿estamos?

—Me parece que ya he oído bastante, señor Landy —contestó Callamor

fríamente—. Tengo la vaga sensación de que olvida usted que soy el principal contribuyente de Masakegoo y uno de los componentes de su Concejo Municipal.

—Pero todavía soy el jefe de policía —replicó el joven rápidamente—. Y mientras lo sea, mantendré el orden a mí manera. Si no le gusta como lo hago, presente una moción en la próxima Junta del Concejo, pidiendo mi destitución. Hasta entonces, usted está sujeto a la Ley igual que todos los demás ciudadanos.

Y sin más, Johnny se encasquetó furiosamente el sombrero y se marchó.

No lo podía remediar; se ponía frenético cada vez que hablaba con Callamor. Su indiscutible aire de superioridad, su orgullo y su vanidad, le hacían realmente insufrible. Y no era el único de la ciudad a quién Callamor resultaba antipático y hasta, odioso.

Condujo a mayor velocidad de la permitida hasta que se dio cuenta de que era él mismo, el propio jefe de policía, quien estaba infringiendo las leyes sobre circulación. Entonces moderó la marcha a las veinticinco millas autorizadas en las proximidades de la ciudad, a la cual llegó unos momentos después.

Dejó el coche en la comisaría de policía. Abrió la puerta. El despacho estaba vacío.

Se fue al teléfono y tomó el aparato. Hizo una llamada circular a todos los jefes de policía de las ciudades del contorno, avisando que estuviesen alerta por si se veía un tipo de las características de Johnny McTell. Una vez hubo concluido, volvió a salir.

En la puerta se encontró con Angus Mickerson, el editor del *Daily*. El periodista empezó a asaetearle con sus preguntas.

—No sé ahora nada más que lo que usted me ha dicho, Mickerson —contestó—. Sí, es cierto que Johnny ha amenazado a esas seis personas, pero, como comprenderá, no vamos a permitir que lleve sus amenazas a la práctica.

—¿Por qué no sugiere al Concejo que le nombre seis ayudantes? Uno para cada uno de los amenazados. Usted y Dunstan no se bastan para protegerlos a los seis… y Johnny se conocía la ciudad y sus alrededores palmo a palmo.

—Es una buena idea, evidentemente, señor Mickerson —contestó el joven—. Trataré de que se reúna el Concejo esta tarde. Pero contratar seis ayudantes más, significa gastar dinero. ¿Usted me entiende lo que quiero decirle?

Mickerson rio cascadamente.

—Esas culebras que componen el Concejo se lo pensarán muy bien antes de gastarse un centavo en pagar a tus ayudantes. De todas formas, redactaré un editorial para que salga en la edición de las cinco de la tarde.

Quizá eso les decida a hacer algo positivo:

—Ojalá —contestó el joven, no demasiado convencido—. Bueno, señor Mickerson, usted sabrá dispensarme; tengo trabajo.

De allí se fue a casa de Manny Ford, la antigua novia de Johnny McTell.

CAPÍTULO III

Max pensó, al ver a Manny, que Johnny debía haber salido ganando no casándose con ella. Le desagradó profundamente enfrentarse con aquella mujer, aún joven, pues no había pasado de los treinta y dos años, ajada ya y con las carnes fofas y blandas. Tres chiquillos sucios y desastrados correteaban por la casa y otro más, con el vientre y las piernas al aire, pendía de sus brazos.

Max la recordaba, de sus tiempos de adolescente, como una muchacha fina y esbelta, ágil y dinámica como una Diana Cazadora, convertida ahora en poco menos que en una ruina física. Sus ojos, antes reidores y vivaces, tenían una expresión dura y desabrida. Vestía una bata rameada, debajo de la cual debía llevar muy poca cosa encima de la piel. Corpiño, no, a juzgar por la caída de sus senos, grandes y mantecosos. El pelo estaba revuelto y las raíces aparecían negras, en contraste con el rabioso amarillo del resto.

—No sé nada de Johnny —declaró Manny con voz chillona—. ¡Tim, maldito, estate quieto! —gritó a uno de sus hijos—. Me casé hace nueve años y le he olvidado por completo. Conocer a aquel bastardo fue mi ruina o poco menos.

—Ha amenazado a seis personas, señora Ford —dijo pacientemente el joven, procurando hacer caso omiso del apestoso olor a coles hervidas que inficionaba la atmósfera—. Pensé que usted quisiera, quizá, darme algún detalle…

—Ya le he dicho que no he vuelto a saber nada de él —contestó ella agriamente—. Lucy, condenada, ¿te estarás quieta de una vez? —le miró con ojos llameantes—. Por mí puede matar a seis o seiscientas personas; lo que haga me es indiferente.

—¿No ha recibido usted ninguna carta de él?

—No. Ni quiero tampoco. Desde que se cargó a aquel bastardo de Bareton, ya no le volví a ver. Para mí, como he dicho, fue mi ruina total.

—Usted le quería, según tengo entendido, señora Ford.

—Entonces yo tenía muy pocos años y no sabía lo que me hacía —se encogió de hombros—. Ahora tengo marido y cuatro hijos…

Max se fijó en el prominente vientre de la mujer. ¿Celulitis, o un aviso de la cigüeña?

—… Y no me intereso por nada más.

“Ni siquiera por la casa”, pensó el joven, viendo la suciedad y la cochambre que reinaba por doquier.

En aquel momento, el pequeñuelo que Manny tenía en los brazos empezó a pernear y a llorar alborotadamente. Manny trató de calmarlo,

pero sus grites no hicieron sino enfurecer al chiquillo.

—Está bien, señora Ford —declaró, batiéndose en retirada—. Sus informes han sido muy valiosos para mí. Gracias por todo y…

La puerta se abrió de repente y un hombre que vestía un mono manchado de grasa, penetró en la casa.

El hombre le miró con gesto reluctante.

—Bill —dijo Manny—, este es el jefe de policía. Ha venido a hacerme algunas preguntas sobre Johnny McTell.

La expresión de Bill Ford era de declarada hostilidad. Señaló con el pulgar hacia la puerta.

—Lárguese —dijo—. Aquí no queremos saber nada de ese hijo de perra.

—Ya me iba —contestó suavemente el joven—. Lo comprendo perfectamente, señor Ford. Encantado de haberla saludado, señora.

Salió, no sin oír antes el inicio de una discusión entre los dos esposos.

—¿También hoy sopa de coles? —gruñía el marido.

—¿Qué quieres que haga con el dinero que me das? —contestaba ella desabridamente—. Trabaja un poco más y te serviré filetes y pollo relleno a diario. ¡Mussy, maldito, deja ese cacharro en paz!

Sonó el chasquido de una bofetada. Dos de los críos unieron sus llantos al mamoncillo. Bill Ford empezó a jurar. Manny no se le quedaba atrás en los insultos y las imprecaciones.

Max meneó la cabeza. "En este aspecto, al menos, Johnny ha salido ganando", se dijo.

Mientras regresaba a su oficina, se dio cuenta de la expectación que despertaba su paso por las calles de la ciudad. La gente le miraba con curiosidad nunca sentida hasta entonces, y los corrillos eran más numerosos que nunca. El día era plácido y sereno, pero Max se dio cuenta de que el ambiente estaba cargándose con una tensión extraña, como si estuviese a punto de descargar una tormenta.

—¿No será una tormenta de sangre? —se preguntó, Dunstan le aguardaba en el despacho.

—Estuve cuando llegó el autobús de la *Greyhound.* Johnny no ha venido en él.

—¿Seguro?

—Seguro. Solo bajaron tres personas, una de ellas de la ciudad, Bertie Wall. La otra es un viajante de relojes de una casa del Este. Se va a divertir, aquí que todos consultamos el sol para levantarnos y para irnos a la cama —comentó sarcásticamente el comisario.

—¿Y la tercera?

—Un clérigo de no sé qué secta. Me dijo que dónde podía encontrar un local para sus sermones acerca de la proximidad del último día del mundo y de la inminencia del Juicio Final. Le dije que con una cabina telefónica tendría suficiente espacio para su auditorio. Se marchó muy ofendido.

Créeme, muchacho.

Max sonrió ante el buen humor de su comisaria. Luego despachó el correo. Poca cosa: dos carteles de reclamación de otros tantos forajidos, unos prospectes de propaganda de armas y transmisores de radio, y una factura por la reparación de un faro del coche. Esto le hizo gruñir; tenían que haberla enviado al Concejo.

Pasaron el resto del día recorriendo la ciudad en busca de algún posible sospechoso. La tensión iba aumentando poco a poco. Todos los rostros de cuantas personas con quienes se había encontrado Max, aparecían serios y concentrados.

Vio en una ocasión a Sabine Wess y la saludó brevemente. La muchacha también aparecía seria. ¿Por qué, si a ella no le alcanzaba nada de lo que pudiera suceder?

A la caída de la tarde, ya anocheciendo, casi sin darse cuenta, recaló en el *Sad Lady.* El aspecto del local, en aquellos momentos, coincidía casi con su título{1}. Se preguntó qué razones habría tenido Beaufort para poner un nombre tan desagradable a su local. Un exceso de humorismo, quizá. Como Martin Bremer, el dueño de la fábrica local de hielo, que la había titulado *La Ardiente.*

Tenía sed y entró para tomarse una, cerveza. Había cuatro muchachos en torno a la gramola, de la cual brotaban las estridentes notas de un discó de Presley. Una pareja se hallaba sentada en un rincón, con las manos muy juntas. Beaufort se encontraba tras el mostrador, con su aspecto lúgubre de siempre. Un poco más allá, sentada sobre un alto taburete, había una mujer.

Max la había visto una docena de veces. Era una opulenta rubia, muy pintarrajeada, vistiendo trajes dos números menores que su talla, lo cual hacía que sus explosivas curvas resaltaran estrepitosamente. Iba muy corta y en aquel momento enseñaba las rodillas provocativamente. Calzaba zapatos negros de altísimo y afilado tacón, y de su hombro derecho, casi desnudo por el audaz escote de su vestido, pendía un gran bolso de rafia roja.

La rubia llevaba tres o cuatro semanas en Masakegoo, con el propósito, según había anunciado, de abrir un salón de peluquería y manicura, propósito que no se había consumado hasta el momento. A juagar por su aspecto, sus intenciones eran muy otras, y Max no estaba dispuesto a que las llevase a la práctica. Por el momento, mientras no escandalizase a la ciudad, podía permanecer en ella cuanto quisiera.

Se acercó al mostrador, a corta distancia de la rubia.

—Hola —saludó—. ¿Quiere ponerme una cerveza, señor Beaufort?

Dejó el sombrero sobre un taburete cercano. Beaufort le sirvió el pedido sin pronunciar palabra.

Max tomó un buen trago y luego sacó cigarrillos. Cuando ya se iba a

poner uno en los labios, una mano, de uñas crispadamente rojas, se lo arrebató con suavidad.

Max volvió el rostro. La rubia le sonreía a través de unos labios gruesos, sensualmente cargados de carmín.

—Ahora solo me falta una cerilla, jefe —dijo con vera espesa, incitante.

El joven encendió el fósforo, mirándola con innegable curiosidad. Ella inclinó el busto, sin duda con ánimo de hacer resaltar profusamente sus pródigos encantos. Desde luego, el vestido no había sido confeccionado por la presidenta de la Liga Pro-Moral y Buenas Costumbres.

Le echó el humo a la cara y volvió a sonreír.

—Gracias, jefe.

Luego añadió:

—Me llamo Louise Pellon.

—Encantado, señorita Pellon —contestó Max. Calculó su edad en unos treinta y tres años, muy necesitados de una rigurosa dieta y de una faja bien ajustada a sus prominentes caderas—. Para mí ha sido un placer.

Ella aspiró el humo, haciendo hincharse su opulento busto.

—Me extraña que un policía beba estando de servicio —comentó lentamente—. ¿No se ofenderán los estrictos ciudadanos de Masakegoo si le ven delante de un vaso de cerveza?

—Realmente, no debiera ser así —contestó el joven con una sonrisa—. Pero hay que tener en cuenta que, en la práctica, mi servicio cubre las veinticuatro horas del día. Por tanto, es lógico que dedique algún momento al solaz y al descanso.

—Ahora necesitará más de veinticuatro horas para su trabajo —dijo Louise intencionadamente.

El joven se puso sobre alerta en el acto. La sonrisa se borró de sus labios.

—¿Por qué dice usted eso, señorita Pellon?

Ella encogió sus redondos y carnosos hombros.

—No se habla de otra cosa en la ciudad, jefe —miró al dueño del bar—. Ese es uno de los destinatarios de las cartas.

—¿Se lo ha dicho él mismo?

—No. Escuché un comentario en la pensión donde me hospedo. La dueña y una amiga suya estaban dando mucho trabajo a la lengua.

—Sí que se extienden pronto las noticias en Masakegoo —contestó el joven con débil sonrisa.

—Es una ciudad tan pequeña, que ya se sabía antes de que el cartero repartiese las cartas. Noticias como esa no se pueden tener calladas ni un solo minuto, jefe.

Max miró a la rubia con gesto suspicaz. ¿Por qué había pronunciado semejante frase?

—Y usted, claro —respondió, guardándose el detalle para sí—, piensa

divertirse en grande cuando el asesino empiece a matar a la gente, ¿no es así?

Louise soltó una suave carcajada.

—Oh, no; los crímenes no me divierten en absoluto, jefe. Me divierto muchísimo más viendo la cara de miedo que ponen los destinatarios. Como el dueño del bar, por ejemplo. Mírelo.

Max volvió la vista hacia el lugar indicado. El rostro de Beaufort aparecía gris, ceniciento, y sus labios apenas si se le notaban como dos débiles abultamientos en su rostro enjuto y huesudo.

La gramola había callado. Los mozalbetes que se entretenían con ella habían agotado todas sus posibilidades de estridencia y se habían marchado del local. En aquel momento, solo quedaban en el interior del local ellos dos, Beaufort y la pareja de novios, que seguían cambiando ternezas en un rincón de la sala.

De pronto, un tenso y agobiante silencio se desplomó sobre el local. Un grifo mal cerrado goteó de repente y su "tip-tap" se expandió con lúgubres sonoridades sobre el salón.

De pronto, el timbre del teléfono estalló con sonoro rechinamiento. Beaufort estaba limpiando un vaso y las manos le temblaron de tal forma, que se le cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

El dueño del local se enjugó el sudor del rostro con el paño de limpiar los vasos. Luego se frotó nerviosamente las manos y se fue hacia el teléfono.

El timbre calló cuando Beaufort tomó el aparato, cerrando al mismo tiempo la puerta de la cabina. Sin poder remediarlo, Max miró al dueño del local.

Beaufort aparecía lívido de miedo. Max no dejó de percatarse de aquel detalle. Le vio asentir con crispados movimientos de cabeza unas cuantas veces y luego colgar el aparato.

Beaufort permaneció todavía unos momentos dentro de la cabina. Luego, con paso nervioso, salió de la misma, despojándose de la blanca chaquetilla que llevaba, que dejó en un armario metálico situado al lado del mostrador. Se puso una chaqueta oscura y se encaminó hacia la puerta.

Max estuvo a punto de detenerle, pero lo pensó mejor y se dijo que sería preferible seguirle con el fin de averiguar a dónde iba el hombre tan aprisa. Tomó el sombrero, pero cuando ya iba a romper la marcha, la mano de la rubia se apoyó sobre su hombro.

—¿Va a seguirle, jefe? —preguntó Louise.

Max la miró con gesto penetrante.

—Creo que no es muy conveniente que ande declarando por ahí mis planes, señorita Pellon —contestó.

Ella sonrió ampliamente.

—Es cierto. No me había dado cuenta de ello. Dispénseme, jefe.

—No hay de qué, señorita.

En aquel momento, Beaufort se sentaba en su coche. Max se fijó en el detalle. El dueño del bar parecía haber estado aguardando aquella llamada. Por eso tenía situado el coche a la puerta del local.

La oscuridad se rasgó de pronto. Una atroz llamarada disipó las sombras de la noche, al mismo tiempo que se oía una espantosa detonación.

Las vidrieras del bar volaron en mil pedazos. Max se echó hacia atrás, a la vez que se protegía instintivamente el rostro con los brazos, para esquivar la lluvia de trozos de vidrio que caía sobre él.

Sonaron gritos de terror. Fuera, en la calle, algo ardía furiosamente.

Recobrado de la sorpresa inicial, Max echó a correr hacia la salida. En aquel instante, un bulto negro, envuelto en llamas, abandonaba el coche.

El bulto arrojaba unos gritos pavorosos. Era una antorcha humana que corría alocadamente, ardiendo de pies a cabeza. De pronto cayó al suelo y cesó de moverse.

CAPÍTULO IV

La parte delantera del coche estaba completamente destrozada por la explosión. Max pensó que era un milagro que Beaufort no hubiese muerto instantáneamente como consecuencia del estallido.

Los bomberos ya habían apagado el fuego y el cadáver de Beaufort yacía en el suelo, cubierto piadosamente con una manta. Los curiosos formaban un espeso círculo en torno al lugar del suceso. Los comentarios hervían.

Mickerson apareció casi en el acto.

—Hola, muchacho —le saludó—. A lo que parece, Johnny McTell ha sido puntual.

—Sí, eso parece —contestó el joven sombríamente—. Y ya ha causado su primera víctima.

Mickerson se encogió de hombros.

—Bueno, espero que esto convenza a los miembros del Concejo. Habían votado negativamente en el asunto de ponerte más ayudantes —rio desagradablemente—. Ahora solo tendrán que pagar a cinco ayudantes.

El joven se excusó.

—Dispénseme, tengo mucho que hacer —se volvió hacia el comisario, que estaba junto a él—. Dunstan, ocúpese de que nadie toque el automóvil; es preciso hacerlo reconocer por los expertos.

—Bien, muchacho —contestó el comisario. Agitó los brazos e hizo retroceder a la multitud.

Max penetró de nuevo en el local. El suelo estaba sembrado de trozos de vidrio rotos y muchas botellas habían padecido también los efectos de la explosión. El olor a alcohol era insoportable.

Advirtió que la rubia había desaparecido. Era lógico después de la espeluznante escena presenciada, lo mismo que la pareja de enamorados, pero Louise Pellón había proferido algunas frases que al joven se le habían antojado de doble significado. Era conveniente, pues, interrogarla, pero lo haría más adelante, cuando hubiese registrado el local a conciencia.

Lo primero que hizo fue mirar en el armario donde Beaufort guardaba la ropa para cambiarse. Solo encontró en él la chaquetilla que usaba para servir y unos zapatos viejos, además de unos cuantos periódicos atrasados. Examinó los bolsillos de la chaqueta, sin encontrar nada de particular en ellos.

Entró en la parte posterior del local, que era donde Beaufort había vivido hasta entonces. Había allí un pequeño baño, un cocinilla y una habitación con una cama, todo muy sencillo aunque aseado. En el

dormitorio había un armario ropero, un par de sillas y una mesita.

Registró concienzudamente las ropas, sin poder encontrar nada de particular en ellas. Después de haber investigado a conciencia, volvió a salir.

En la puerta se encontró con Philipson, el presidente del Concejo Municipal. Max lo miró suavemente.

—No he pedido ayudantes para vigilar a los otros cinco amenazados —dijo—, a pesar de lo que haya podido manifestar Mickerson en su periódico. Espero que la muerte de Beaufort —añadió con dureza—, les haga retractarse de su primitivo acuerdo.

Philipson asintió en silencio. Max pasó por su lado y salió a la calle.

La gente se había esparcido en su mayor parte, aunque todavía quedaban algunos curiosos que estaban contemplando los destrozados restos del automóvil. Max permaneció mirándolos durante unos segundos.

De repente, una voz sonó en sus oídos.

—Max, ¿cree usted que esto ha sido obra de Johnny McTell?

Se volvió. Sabine Wess le miraba con aprensión.

—Según todos los indicios, así ha sido, Sabine —contestó.

Ella sacudió ligeramente la cabeza. Era evidente que hacia poderosos esfuerzos para no llorar.

—Pero ¿cómo…? —preguntó casi con un hilo de voz.

—Supongo que habrá conectado dos cartuchos de dinamita al sistema de arranque eléctrico del coche. Es sencillo… y mortífero.

Sabine asintió.

—Gracias —dijo. Dio media vuelta y se fue.

Max meditó unos segundos, tratando de rememorar los momentos inmediatamente anteriores a la explosión. Recordó que el teléfono había sonado y que Beaufort lo había atendido. Sí; y después había salido de la cabina, cambiándose de ropa y dirigiéndose acto seguido hacia la calle. Entonces, al poner en marcha el coche…

Subió al suyo y se dirigió rápidamente a la central de teléfonos. Masakegoo tenía tan poca importancia, que aún no podía disponer de un servicio automático.

Detuvo el coche frente al edificio donde estaba instalada la central y cruzó la acera. Entró en las oficinas y preguntó por la telefonista de turno.

—Soy yo —dijo Helen Korsack, una vieja solterona con gafas—. ¿En qué puedo servirle, Landy?

Max calculó el tiempo y luego preguntó:

—¿Estaba usted atendiendo la centralita hace cuarenta minutos?

—Sí, claro.

—Ashley Beaufort recibió una llamada telefónica antes de morir. Yo mismo vi cómo atendía al teléfono. ¿Quién le llamó?

La telefonista pareció ofenderse ante la pregunta.

—¡Landy! —exclamó.

—Por favor, señorita Korsack —dijo el joven, que conocía de sobras la afición al chismorreo de la vieja solterona—. Estoy en misión de servicio. ¿Le parecería bien que recurriera al concurso del juez para averiguar lo que usted no quiere decirme?

La telefonista enrojeció. Miró a derecha e izquierda y luego, bajando la voz, murmuró:

—Si me promete usted ser discreto, se lo diré, Landy.

—Seré mudo como una tumba —mintió Max deliberadamente—. Vamos, oigamos lo que escuchó Beaufort.

Las manos de Helen Korsack se agitaron nerviosamente. Luego, con tono dramático, dijo:

—¡Fue Johnny McTell!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Estoy segura de ello, Landy, absolutamente segura.

—¿Acaso pronunció McTell su nombre? Fíjese bien en lo que dice: esto puede ser muy importante en lo sucesivo.



—He sido amenazado de muerte

—No podía ser otro, Landy. Sobre todo, después de que nos hemos enterado de las cartas recibidas.

—Está bien, está bien. ¿Recuerda usted las frases exactas?

—Sí. Johnny McTell pidió comunicación con el *Sad Lady* y cuando Beaufort se hubo puesto al aparato, le dijo: “Ashley, si sabes lo que te conviene, te largarás inmediatamente de Masakegoo”. Y nada más. Colgó en el acto sin esperar la respuesta.

Max asintió con la cabeza. Pensó durante unos momentos.

Desde luego, la trampa había sido montada hábilmente. Hacer salir a Beaufort de su local y obligarle a tomar el coche. ¿Para huir de la ciudad? ¿Sin ropa, sin dinero, sin nada encima?

Encontraba un pequeño fallo en aquel crimen. El coche había estado a la puerta del bar casi todo el día. El mismo recordaba haberlo visto a mediodía, en una de las rondas que había hecho, poco después de que el propio Beaufort fue a denunciarle la amenaza de que había sido objeto. Colocar unos cartuchos de dinamita y hacer luego los empalmes correspondientes era tarea que requería algún tiempo. Y Beaufort tenía que haber visto forzosamente a cualquiera que hubiera intentado manipular en el motor de su automóvil. En tal caso, no hubiera dejado de hacer algo, protestar contra el intruso o cosa parecida.

—Bien, señorita Korsack, gracias por sus informaciones. Han sido muy valiosas para mí —y ya se disponía a marcharse, cuando, de pronto, recordó una cosa—: Ah, por favor, ¿recuerda desde dónde se hizo la llamada?

—Sí. Desde la cabina telefónica que hay al final de la calle Bowie.

Max movió la cabeza. Era aquel un lugar muy a propósito para hablar por teléfono sin atraer demasiado la atención sobre uno mismo, máxime si se tenía en cuenta que la cabina se hallaba casi al final de la calle citada, que daba al campo y que estaba muy poco iluminada. Sí, podía haberlo hecho McTell. Por supuesto, si pensaba matar a sus seis enemigos, no iba a hacerlo dando la cara.

—Gracias por todo, señorita Korsack —dijo. Saludó y se fue.

De allí se dirigió a su casa, en donde tomó un bocadillo. Max vivía con su madre y esta le hizo numerosas preguntas, a las cuales el joven contestó distraídamente.

Comió rápidamente y de mala gana. Terminó su refacción con una taza de café y se dispuso a salir de nuevo.

—¿A dónde vas? —le preguntó su madre.

Max se inclinó para besarla suavemente en la frente.

—Tengo que hacer, mamá. No me esperes; no sé cuándo volveré.

La buena señora le miró acongojada.

—Sé prudente, hijo mío.

—Lo haré por ti, mamá —contestó él, sonriendo.

Salió a la calle, montó en el coche y se dirigió a la pensión de la señora Mulligan.

CAPÍTULO V

Bessie Mulligan era viuda de un granjero que se arruinó años atrás confiando en una hipotética cosecha de algodón, que luego no dio el fruto que esperaba. Frenético, acabó pegándose un tiro, y entonces, su viuda, vendió la granja por cuatro cuartos y montó una pensión para huéspedes estables, a precios que competían ventajosamente con los del único hotel de Masakegoo, en el cual solían alojarse únicamente las personas que estaban allí de paso: principalmente, viajantes de comercio y cazadores, en la buena época, cuando las autoridades forestales levantaban la veda.

Sabía que Louise Pellon se alojaba allí, pues no en vano la había vigilado de modo casi continuo. Por eso, en cuanto se enfrentó con la dueña de la pensión, pidió verla inmediatamente.

—No sé si querrá levantarse —dijo la viuda hoscamente—. Hace un momento que se fue a la cama y…

—Se levantará, téngalo por seguro —dijo Max—. Dígale que la llamo yo.

Bessie Mulligan se encogió de hombros y dio media vuelta. Entonces, Max exclamó:

—¡Señora Mulligan, un momento, por favor!

La viuda le contempló con aire especulativo.

—Dígame, ¿qué le parece a usted la señorita Pellon?

—Mucho me temo que mi opinión le escandalice a usted, señor Landy —contestó la viuda secamente.

—Expóngala sin miedo, no se preocupe.

—Pues bien, no me gusta esa mujer. Demasiado audaz, demasiado descocada, siempre vistiendo trajes muy cortos y muy escotados fumando continuamente…

—¿Bebe?

—Oh, no. Al menos, en mi casa. Si lo sospechara tan siquiera, la habría expulsado en el acto.

—¿Es puntual pagando?

—Sí. Cuando se hospedó me pagó dos semanas por adelantado. Al cumplirse la segunda, me entregó el importe de otras dos.

—¿Dijo de dónde venía? Usted tiene un registro, señora Mulligan.

—Y lo llevo en regla, jefe —contestó la dueña de la pensión retadoramente—. Puede examinarlo cuando mejor le parezca.

—Está bien, está bien —declaró el joven en tono conciliador—, la creo a usted. Ahora, conteste a mí pregunta, por favor.

—En el registro pone que procede de Pine Bluff, Arkansas. Pero vaya

usted a saber.

—Eso es lo que quiero precisamente: saber. Tenga la bondad de avisarla de que estoy aquí, señora Mulligan.

Mientras aguardaba la llegada de la rubia, encendió un cigarrillo y trató de coordinar sus ideas. Las cartas amenazadoras llevaban todas el matasellos de Longwiew, una dirección casi opuesta a la que había traído la rubia, según el registro. Además, Pine Bluff pertenecía al vecino Estado de Arkansas, en tanto que Longwiew se hallaba en el lado opuesto, en la extremidad noroeste del Estado de Louisiana. No parecía, pues, congruente, que Louise Pellon tuviera nada que ver con el crimen cometido… ni con los que había anunciados.

Sin embargo, había una cosa que le preocupaba sumamente: las frases pronunciadas por Louise poco antes de la muerte de Pellon. Y quería interrogarla al respecto.

Había consumido ya casi su cigarrillo, cuando Louise Pellon apareció en la salita, sonriéndole provocativamente. La hermosa rubia vestía una bata, bajo la cual se ocultaba los ropajes negros de un camisón de encaje, y se calzaba con unas chinelas con pompón del mismo color. Traía en la mano un cigarrillo apagado, que Max se apresuró a encender en el acto con un fósforo.

—Tengo que pedirle mil perdones por haberla hecho levantar a una hora tan intempestiva, señorita Pellon —se disculpó el joven—. Pero es el caso que en esta ciudad se ha cometido un crimen. Usted fue testigo de ello, lo mismo que yo.

Ella le miró serenamente. Expulsó el humo con negligencia y dijo:

—Bien, ¿y qué tengo yo que ver con todo aquello? Estaba junto a usted cuando explotó la bomba…

—¿Cómo sabe usted que fue una bomba? —preguntó rápidamente el joven.

Ella se echó a reír.

—*Sheriff,* no sospeche usted de mí. Colocar bombas dentro de los coches es la cosa más sencilla del mundo y un truco muy empleado por los *gangsters.* Desmiéntame que fuera una bomba, le reto a ello.

Max comprendió que se había precipitado un poco.

—En efecto —admitió—, así parece haber sido. De todas formas, resulta prematuro afirmar nada, en tanto no dispongamos del informe de los expertos.

—Le dirán que fue dinamita, ya lo verá.

—Probablemente. Mientras tanto, ¿le importaría aclararme uno o dos puntos que estimo un tanto oscuros?

Louise sonrió provocativamente. Había una silla en el rincón de la salita y caminó hacia ella, contoneándose aparatosamente. Se sentó y cruzó las piernas, indiferente a la exhibición.

—Bien, adelante, detective. ¿De qué se trata?

—¿Sabía usted algo de lo que iba a ocurrir?

—¡Naturalmente! Como que en todo el día no he oído hablar de otra cosa que no fueran las dichosas cartas de Johnny McTell.

—Dijo usted que Masakegoo es tan pequeña que la noticia se sabía ya antes de que el cartero repartiese las cartas amenazadoras —expresó el joven—. Eso suena a que usted conocía la noticia con antelación.

—¡Por Dios, *sheriff!* —exclamó la rubia, balanceando la pierna derecha —. No me vaya a creer ahora cómplice de ese asesino. Fue una frase hecha, con la cual quería exagerar un poco a costa de la pequeñez de la ciudad. Espero no se haya ofendido por ello.

—Que digan que Masakegoo es pequeño no puede ofenderme nunca, señorita Pellon, puesto que es la expresión pura y simple de la verdad. Me ofende mucho más que me oculten esta.

—Yo no le oculto nada, jefe. Simplemente, me limité a ser un portavoz, no autorizado, por cierto, de los rumores que corrían hoy por la ciudad, eso fue todo.

—En el registro consta que vino usted de Pine Bluff, en Arkansas. ¿Es cierto eso?

Los ojos de la rubia brillaron con malicia.

—Ponga un telegrama a Matt Busker, teniente de la policía de Pine Bluff. Le conozco bastante y él me conoce a mí. Me remito a su opinión, jefe.

—Está bien, la creo. Tengo entendido que piensa poner usted un salón de belleza.

—Así es —dijo ella, jugueteando con un extremo del cordón de su bata.

—Lleva cuatro semanas en Masakegoo. ¿Todavía no ha encontrado local adecuado?

—Posiblemente me quede con el *Sad Lady,* ahora que se ha quedado sin dueño —replicó ella con una sonrisa maliciosa.

—¿Para salón de belleza?

—O para restaurarlo en su primitiva función, ¿quién sabe?

Max se inclinó hacia adelante.

—Entonces, tendrá que cambiarle el título.

Ella arqueó las cejas.

—¿Sí? ¿Cuál le pondremos, *sheriff?*

—*Gay Lady{2}*, señorita Pellon.

Louise le miró fijamente un instante; luego rompió a reír.

—Es usted un magnífico humorista, jefe —dijo. Se puso en pie, sin importarle mucho que se le abriera la bata a partir de bastante más arriba de la rodilla—. ¿No tiene nada más que preguntarme?

—Por ahora, nada más, muchas gracias. Sus informes han resultado muy útiles para mí, señorita Pellon.

—Estoy siempre dispuesta a colaborar con la Ley y el orden, jefe —contestó ella.

Max se dirigió hacia la puerta pero se detuvo al llegar a ella y se volvió.

—A propósito, dispense mi curiosidad. ¿Cuál es su estado? ¿Soltera, casada, viuda o…?

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Ninguna de las tres cosas, jefe.

Max asintió con la cabeza.

—Entonces, póngale otro título a su local. *Gay Divorcee{3}*. ¿Qué le parece?

—Tan bueno como el otro —repuso Louise sin inmutarse—. Tendré que ver cuál de los dos me agrada más.

De allí, Max se dirigió a la calle Bowie, deteniéndose ante la cabina telefónica que se hallaba junto al bordillo de la acera. Era de noche cerrada y la calle estaba pésimamente iluminada.

Extrajo de la guantera del coche una linterna y con ella en la mano se dirigió a la cabina, la cual examinó atentamente, milímetro a milímetro, sin poder encontrar nada que llamara su atención. Defraudado, iba a retirarse ya, cuando, de pronto, sus ojos captaron un detalle que se le había pasado por alto.

Era un trocito de papel, no mayor que la uña del dedo meñique. Lo tomó con cuidado, examinándolo con suma atención a la luz de la lámpara que tenía en la mano. Le pareció que había formado parte de una carta, ya que se veía en él una letra, una A minúscula, simplemente.

El hallazgo le dio que pensar. Guardó el trocito de papel con sumo cuidado en su billetera y luego se dedicó a buscar por los alrededores de la cabina más trozos de papel, sin encontrar otro, por más esfuerzos que realizó.

—Estoy viendo visiones —murmuró para sus adentros.

Se dirigió al coche y volvió a su oficina.

Allí le esperaba su ayudante con una noticia sensacional.

—Muchacho, hemos hallado algo inesperado en el coche. Algo que nos hará pensar mucho, te lo aseguro.

Max vio sobre la mesa un bulto envuelto en papeles sucios y grasientos. Fue a abrirlo, pero Dunstan se le adelantó.

—Llevé el coche al garaje de los bomberos y allí me entretuve en repasarlo a conciencia. Esto es lo que encontré. ¿Qué te parece?

Mientras hablaba, Dunstan había desliado el papel, extendiéndolo sobre la mesa. Quedó ante la vista de ambos un objeto metálico, ennegrecido por el humo y deformado por la explosión, pero en el cual, no obstante, podían reconocerse los restos de lo que había sido un reloj despertador.

CAPÍTULO VI

—De modo es que así es como se cometió el crimen —murmuró el joven, observando pensativamente los destrozados restos del reloj.

—Sí, muchacho —contestó Dunstan, mascando pensativamente su tabaco—. Un ardid sencillo, pero diabólico.

—Fue cosa sencilla. De este modo, no tuvo que manipular a la vista de Beaufort —expresó Max—. Simplemente, conectó los cables de la dinamita a una batería y esta al despertador, marcando luego una hora determinada.

—Las ocho en punto de la noche. Recuerda que acababa de anochecer.

—Es cierto. Y entonces, el asesino, cuando vio que se aproximaba la hora, llamó a Beaufort por teléfono y le asustó. Seguramente tendría sincronizado su propio reloj con el despertador. De no haberse producido la explosión en la puerta del *Sad Lady,* habría ocurrido unos metros más allá. Y de este modo —agregó, como colofón de su razonamiento—, tampoco tuvo que andar manipulando en el motor. Una bomba así, de tiempo, cabe en una sencilla caja de zapatos, que cualquiera puede dejar en el motor, bajo el capot, en un instante. ¿Dónde guardaba Beaufort su coche?

—Ordinariamente, en el garaje de Duckeys, pero muchas veces lo dejaba ante la puerta del bar —contestó el comisario.

Los ojos del joven se iluminaron de pronto.

—Tiene que ir a ver a Duckeys y preguntarle si la noche pasada dejó Beaufort su coche en el garaje. No, por teléfono no; Helen Korsack está a la escucha y no tengo el menor interés en que se divulguen nuestras pesquisas.

—Muy bien —sonrió Dunstan comprensivamente—. ¿Y después?

—Nos dividiremos para vigilar cada uno a dos de los amenazados.

—Falta uno. Callamor —adujo Dunstan.

—Lo sé, pero me dijo que no le hacía falta escolta de ninguna clase. Además, es tipo capaz de defenderse por sí mismo. Los otros son los que más me preocupan. Ande, vaya a ver a Duckeys y luego dese una vuelta por las casas de Sbero y de Treiggs. Yo me quedo con Elsa Korpey y…

Max se interrumpió de pronto.

—Bueno, que el diablo cargue conmigo si sé dónde encontrar a Dendry. Ese condenado vagabundo no para nunca en un sitio fijo.

—Si me lo tropiezo, me lo traeré conmigo —declaró Dunstan con resolución.

Y salió.

Max guardó los restos del despertador, en un armario, bajo llave y, acto

seguido, salió de la oficina, que cerró igualmente. Montó en el coche y arrancó de inmediato.

Su objetivo, en primer término, era el domicilio de Elsa Korpey. La casa de la solterona estaba situada en el extremo noroeste de la ciudad, al final de la calle Market, y era un edificio completamente aislado de los demás, a casi trescientos metros del más próximo, en los linderos ya del bosque cercano.

Dio la vuelta por Main Street y enfiló la calle Market. De pronto, los faros del coche alumbraron una silueta conocida.

Max frunció el ceño. ¿A dónde iba Sabine Wess a aquellas horas y en tal dirección?

La muchacha volvió el rostro un instante. La luz de los faros bañó de lleno sus facciones, en las cuales se pintaba la sorpresa más absoluta mezclada con una buena dosis de temor. Max se hubiera detenido de buena gana a interrogarla, pero no quiso hacerse demasiado conspicuo, por lo que continuó su camino con toda normalidad.

Al término de la calle, detuvo el coche. Era preciso ejercer una discreta vigilancia sobre la casa de la solterona y no asustarla innecesariamente. Y, por otra parte, si el asesino andaba rondando a Elsa Korpey, tampoco le convenía le viera acercarse. De este modo, podría hacer creer que el coche pertenecía a cualquiera de los vecinos que vivían en Market Street.

Avanzó a pie cautelosamente, pisando por el borde de la carretera, que ya no era propiamente calle en aquel lugar. Pronto divisó la obscura mole de la casa.

El edificio aparecía silencioso y sin luces visibles desde el exterior. Max lo conocía bastante bien; era una vieja casona de madera, con tejado de pizarra y estribos de ladrillo, pretenciosamente pintada de blanco, lo cual la hacía destacar un tanto contra la sombría obscuridad del bosque próximo.

Llegó a la entrada. Las luces de la fachada y del vestíbulo aparecían apagadas. Vaciló un momento y al fin acabó por rodear el edificio.

La cocina se hallaba en la parte trasera y había luz en ella, la cual salía por una estrecha rendija de la ventana. Max se extrañó de que una mujer de costumbres tan morigeradas como Elsa Korpey estuviese levantada aún a aquellas horas.

Arrugó el ceño. La cosa no le parecía lógica, ni aun contando con las amenazas de Johnny McTell. Avanzó sigilosamente y pegó el ojo a la ranura iluminada.

Lo que vio le dejó sin habla, no de terror, porque la escena no tenía nada de terrorífica, pero sí de asombro.

En aquellas circunstancias, hubiera podido parecer lógico que Dendry, el incorregible vagabundo y borrachín, estuviese haciendo compañía a Elsa Korpey. Pero nunca en la forma en que Max lo estaba viendo.

Elsa atendía solícitamente a Dendry, sirviéndole una cena que el joven calificó inmediatamente de suculenta, Dendry comía vorazmente, sin preocuparse demasiado de las más elementales normas de urbanidad, y acompañaba su cena de frecuentes tragos de una botella que tenía al lado.

El vagabundo estaba en mangas de camisa, la cual tenía abierta hasta la cintura, dejando ver una hirsuta pelambrera ya casi blanca. La camisa estaba sucia y pringosa, y tenía un par de rasgones en la parte de la espalda.

El licor se acabó de pronto. Dendry dijo algo que Max no pudo oír. Elsa sacudió la cabeza negativamente.

El vagabundo se enfureció y arrojó la botella vacía contra el suelo, a la vez que increpaba enérgicamente a Elsa. Se puso en pie, rascándose la pelambre del pecho con la mano izquierda, en tanto que movía insultantemente la otra.

Elsa agachó la cabeza y se fue, regresando a los pocos momentos con otra botella. Dendry se la arrebató de la mano violentamente, destapándola con un seco golpe en el fondo. El tapón saltó y el vagabundo aplicó el gollete a sus labios. Al terminar, se los limpió con el dorso de la mano y soltó un ruidoso eructo.

Max se quedó petrificado al contemplar la escena. Jamás hubiera podido sospechar que Elsa Korpey, la puritana e intransigente solterona, fuera capaz de una cosa semejante. La sorpresa le dejó sin aliento.

Entendió que ya no debía continuar allí. Volvería más tarde, quizá. Por el momento, su presencia no era necesaria en aquel lugar. Fue a retirarse, pero en aquel momento, su pie derecho chocó contra una lata vacía, produciendo un alboroto más que regular.

Vio que Elsa y Dendry miraban simultáneamente hacia la ventana. Alarmado, pues no quería que le viesen allí, dio media vuelta.

Advirtió que sería descubierto antes de que hubiese podido dar la vuelta a la casa. Le molestaba el descubrimiento que acababa de efectuar, pero sobre todo, le molestaba más que Elsa y Dendry supieran que él estaba enterado. En vista de ello, decidió sumirse en el bosque más cercano, cosa que realizó sin tardanza, ocultándose en pocos segundos en unos matorrales cercanos.

Esperó allí, viendo las siluetas de la pareja, recortadas nítidamente contra la luz de la cocina, y se dijo cuán fácil hubiera sido para el asesino abatirlos a tiros desde el lugar en que se encontraban. Vio que el vagabundo recorría los alrededores con una linterna eléctrica y que al fin se metía en la casa, cerrando de nuevo.

Esperó un buen rato, hasta que hubo visto desaparecer las luces. Entonces se irguió, respirando a pleno pulmón. Era hora de volver al coche.

En aquel momento, oyó un ruidito a sus espaldas.

Se volvió, con el tiempo justo para ver una masa oscura que se le arrojaba encima.

CAPÍTULO VII

El impacto derribó a Max al suelo, aunque no le privó del conocimiento. El desconocido se echó sobre él, clavándole las manos en el cuello con ánimo de estrangularle. Max levantó ambas rodillas a la vez y distendió las piernas, clavándolas en el vientre de su antagonista.

Este salió despedido, cayendo de espaldas a pocos pasos. El joven se puso en pie de un salto, casi al mismo tiempo que su enemigo. Divisó vagamente una silueta, en cuya mano brillaba algo metálico.

Se abalanzó sobre él, goleándole con la cabeza en el pecho. El desconocido cayó de espaldas, gruñendo airadamente, aunque sin perder el sentido.

Max trató de desenfundar el revólver, a fin de reducir a la obediencia al presunto asesino. Pero la tapa de la funda se le había trabado, y en el intervalo, el desconocido volvió a lanzarse contra él.

El joven recibió un fenomenal derechazo en el hombro que lo hizo girar dos veces sobre sí mismo. Cayó de rodillas y sintió en la cadera izquierda el tremendo impacto de un patadón propinado con toda la fuerza de su antagonista. Rodó por el suelo, jadeante y sin aliento.

El otro volvió a abalanzarse contra él. Era evidente que trataba de ponerle fuera de combate. Pero Max estaba decidido a resistir cuanto pudiera. Pudo esquivar dos patadas más y luego, alargando ambas piernas, enredó con ellas las de su enemigo, el cual volvió a caer al suelo.

Los dos se incorporaron casi simultáneamente. El desconocido jadeaba y su pecho resollaba como un fuelle. Max le lanzó dos puñetazos a aquella región, haciéndole retroceder visiblemente. Continuó castigándole y, de repente, notó que su adversario abría la carga.

Creyó llegado el momento del golpe definitivo. Inspiró con fuerza y se dispuso a disparar su brazo derecho.

Aquel brevísimo intervalo le resultó fatal. Algo duro chocó contra su sien izquierda con terrible fuerza. Las estrellas se multiplicaron súbitamente en el cielo.

Cayó de rodillas, apoyándose en el suelo con ambas manos, desprovisto de fuerzas, aunque sin perder el sentido. Temió un segundo golpe, pero ante su asombro, el desconocido echó a correr súbitamente, internándose en el bosque, antes de que el joven pudiera hacer el menor movimiento para detenerlo.

Permaneció unos momentos en la misma postura, hasta que las fuerzas le volvieron poco a poco. Luego, incorporándose, respiró hondamente para terminar de recuperarse.

Encendió una cerilla hasta encontrar su sombrero. Se lo encasquetó, haciendo una mueca de dolor al rozar la badana del mismo con la contusión recibida en la sien. El hombro y la cadera le dolían bastante, pero salvo los golpes en dichas regiones, se encontraba en buen estado.

Se encaminó rectamente a casa de Elsa Korpey y llamó fuertemente a la puerta trasera. Repitió los golpes varias veces hasta tener la seguridad de haber sido escuchado.

Pronto oyó pasos al otro lado de la madera. Una voz cautelosa sonó desde el interior.

—¿Quién es?

—Soy yo, señorita Korpey, Max Landy. Abra, por favor, es urgente.

—¿Cómo puedo estar segura de que es usted quien dice? —preguntó la solterona con acento desconfiado.

Max meditó un momento. Al fin halló la solución.

—Escuche, vaya a la ventana de su cocina y mire a través de los vidrios. Yo me alumbraré el rostro con un fósforo para que me reconozca usted.

—Está bien —aceptó la solterona—. Hágalo, pero le prevengo que estoy armada.

—Mejor para usted, señorita Korpey.

Max dio unos cuantos pasos en sentido lateral y se situó al pie de la misma ventana, a través de la cual había estado vigilando momentos antes. Encendió el fósforo y mantuvo la llama en alto, con el fin de que Elsa Korpey pudiera verle bien la cara.

—Sí —dijo ella, renuente, a través de una rendija—; es usted, Landy. ¿Y qué hay?

—He encontrado al asesino, pero se me ha escapado, después de golpearme —contestó el joven—. Ha sido una lástima; estuve a punto de detenerle. Se lo advierto; cuando me tropecé con él, merodeaba en torno a la casa. Enciérrese bajo siete llaves y si llama alguien, avíseme inmediatamente sin abrirle siquiera. Yo estaré en mi despacho toda la noche.

La voz de Elsa temblaba perceptiblemente al dar su respuesta.

—Gra… gracias, jefe —dijo—. Se… se lo diré a… —y cerró de golpe la ventana, antes de haber pronunciado un nombre que había tenido en la punta de la lengua.

De allí se fue al coche, donde tomó la linterna eléctrica, con la cual examinó atentamente el teatro de la lucha. Aparte de unas cuantas ramas tronchadas, no pudo encontrar el menor indicio que pudiera servirle de ayuda en sus pesquisas.

Regresó al coche con la boca llena del amargo sabor de la derrota. Puso el vehículo en marcha y se dirigió a su oficina donde, tal como había prometido, pensaba pasar la noche.

Al enfilar nuevamente Main. Street, los faros del auto iluminaron la silueta de una mujer.

Esta vez no se pudo contener el joven. Frenó al lado de la mujer y la miró de frente.

—¿A dónde va a estas horas, Sabine? —preguntó.

La muchacha le miró muy alarmada.

—A… a casa —titubeó.

—Estas no son horas, para que una chica decente ande sola por la calle —dijo el joven severamente. Abrió la portezuela del coche—. Suba, yo la llevaré.

—Gracias —respondió ella, un tanto desabridamente—, no es necesario. Mi casa queda cerca, Max.

El joven la miró fijamente. Terminó por encogerse de hombros.

—A su gusto —manifestó—. De todas formas, no me gusta esta salida, Sabine.

Ella levantó el mentón retadoramente.

—¿Acaso va a pensar mal de mí, Max?

—Líbreme Dios, querida —respondió el joven—. Pero por si no lo sabe, le diré que no hace mucho he estado peleándome con Johnny McTell, y de firme, además. Se me escapó gracias a que fue más listo o más fuerte que yo, pero conviene que sepa que anda merodeando en torno a la ciudad.

Mientras hablaba, se fijó en el rostro de la muchacha. A pesar de la poca luz que había, pudo advertir la expresión de terror y de alarma que había aparecido inmediatamente en la cara de Sabine.

La muchacha procuró componer el gesto.

—Bien —dijo, con voz que quería ser firme—, ¿y eso qué puede importarme a mí? Soy casi forastera en Masakegoo y no he visto a Johnny en mi vida. No creo, por tanto, que pueda hacerme daño, Max.

—Los asesinos —respondió él sentenciosamente—, nunca se sabe lo que van a hacer. Quizá se ha tropezado con usted y a él no le conviene que se divulgue que le ha visto. Entonces, nada más útil para Johnny que suprimir un testigo molesto, ¿me comprende?

Y sin añadir una palabra más, embragó y pisó el acelerador, dejando a Sabine con la palabra en la boca.

Llegó a su oficina y tomó el teléfono. Sabía que su madre estaría todavía en pie, aguardándole.

—Mamá, ve a acostarte tranquila —dijo—. Me quedaré esta noche en la oficina.

—Está bien, muchacho. Cuídate, sobre todo.

—Gracias, mamá. No tardes en acostarte y deja de preocuparte por mí; ya soy mayorcito, ¿sabes? Hasta mañana.

Colgó el teléfono y se sentó ante la mesa, forcejeando con la funda de la pistola, hasta que logró arreglar el broche que le había impedido sacar

el revólver a tiempo. Luego esperó.

Chick Dunstan apareció media hora más tarde, armado con un rifle “Winchester” que empuñaba con decisión.

—Sbero y Treiggs están bien —anunció—. En cambio no he podido ver a Dendry. ¿Lo has visto tú?

Max vaciló un instante. Le repugnaba divulgar un secreto que, se le antojaba, no tenía nada que ver con el asunto. Por otra parte, tanto Dendry como Elsa Korpey eran ya mayores de edad y podían hacer de su capa un sayo.

—No —contestó al cabo—. Pero, recuerde; si lo ve mañana, arréstelo y tráigaselo para la cárcel sin más dilación. Ahora váyase a dormir; yo me quedaré aquí, vigilando. De tanto en tanto, llamaré a las casas de los amenazados, para ver si siguen bien.

—Helen Korsack no te lo va a agradecer precisamente —sonrió el comisario. Depositó el rifle en el armero y se fue. Desde la puerta dijo—: Vendré al amanecer para que puedas irte a descansar un rato.

Al quedarse solo, Max se desciñó el cinturón, dejando el revólver sobre la mesa. Encendió un cigarrillo y mientras tanto puso a hervir café en un hornillo que tenía para casos semejantes.

Tomó un par de tazas e hizo las llamadas anunciadas. Todos los amenazados le contestaron satisfactoriamente. No podía hacer otra cosa; el asesino podía matar a cualquiera de ellos mientras él visitaba a uno para cerciorarse de su buen estado.

La noche transcurrió lentamente. Al fin, el alba empezó a insinuarse por oriente y Max se encontró con que había dado un par de cabezadas en el sillón sin darse cuenta.

Se desperezó. Penetró en el lavabo próximo y se echó agua a los ojos, tratando de despabilarse. Luego se pasó un peine por los cabellos y se ajustó la corbata. Salió fuera y se colocó el cinturón.

La puerta se abrió en aquel momento. Max levantó la vista y sonrió.

—Hola, mamá. Sí que estás hoy madrugadora.

—Te he traído café y unos emparedados. Supuse que tendrías hambre después de una noche pasada en vela.

—Acertaste, mamá —contestó él, besándola cariñosamente. Se sentó ante la mesa, en el momento en que entraba el comisario—. Venga a desayunar conmigo, Dunstan.

—Te aceptaré una taza de café, muchacho. ¿Cómo está, señora Landy? Ahora, cuando haya terminado de comer, llévese a su chico a casa para que descanse un poco.

—Vaya —resopló el joven—. Parece como si los dos se hubiesen empeñado en tratarme como un chiquillo de pocos años. Yo creo que…

Max se interrumpió de repente. Un ruido extraño acababa de romper la quietud de la ciudad.

Era la sirena del coche de los bomberos. Max y Dunstan se miraron simultáneamente.

—¿Qué pasará a estas horas? ¿Adónde irán tan corriendo?

El sonido de la sirena aumentó de volumen, haciéndose insoportable al cruzar el coche por delante de la oficina. Casi en aquel mismo instante, el teléfono empezó a repiquetear estridentemente.

Max se puso en pie y tomó el sombrero. Empezaba a presentir que algo nada bueno estaba sucediendo.

Dunstan tomó el teléfono y atendió a la llamada. Cuando colgó el aparato, su rostro estaba tan gris como la ceniza.

—El incendio es en casa de Elsa Korpey —anunció sombríamente.

CAPÍTULO VIII

Ninguno de los dos se entretuvo más de lo necesario. Max rozó con sus labios la frente de su madre y echó a correr, seguido por el comisario.

Saltaron al coche. Max lo puso en marcha, dando media vuelta al contacto de la sirena con gesto casi simultáneo. El automóvil oficial arrancó inmediatamente.

Recorrieron Main Street en contados segundos. Dobló hacia Market Street, virando sobre dos ruedas y hundió el acelerador a fondo.

Al final de la calle se divisaba ya una espesa columna de humo. La sirena le abrió paso entre un espeso grupo de curiosos que se habían congregado en aquel lugar para presenciar el incendio. Muchos de ellos se habían unido voluntariamente a los bomberos, para ver de extinguir las llamas.

Max saltó del coche apenas lo hubo detenido y captó rápidamente la situación. La casa estaba literalmente envuelta en llamas, pese a los denodados esfuerzos de la media docena de bomberos de la localidad y de los voluntarios que se les habían unido para tratar de apagar el fuego.

—Dunstan —dijo—, vaya por ahí y averigüe cuanto pueda. Luego reúnase conmigo.

—Sí, jefe.

El joven buscó al jefe de los bomberos. Mickerson, el periodista, y Philipson, el alcalde, estaban ya allí.

Philipson le miró de mal talante, como si Max tuviese la culpa de lo que estaba sucediendo.

—Veo que su tan cacareada vigilancia no ha servido de nada —le dijo agriamente.

El joven se enfureció.

—Si me hubieran puesto los ayudantes qué el señor Mickerson pedía en su editorial, esto podría haberse evitado —contestó secamente. Se volvió hacia el jefe de los bomberos—. ¿Sabe usted si la señorita Korpey está dentro de la casa?

—Parece ser que sí —contestó el aludido. Dio un par de órdenes a gritos y luego se volvió hacia Max—. Al menos, creo que nadie la ha visto salir.

Max consultó su reloj.

—A las cinco de la mañana, desde luego, estaba en su casa —manifestó.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Philipson.

—Porque estuve llamando a todos los interesados periódicamente —respondió el joven—. Luego, lo confieso, me dormí un poco.

Compréndanlo, llevaba toda la noche en vela y… Bueno, uno no es de hierro, demonios. Jefe —se volvió hacia el de los bomberos—, ¿no se podría penetrar en la casa?

La mano del aludido señaló hacia la rugiente hoguera que se elevaba a pocos pasos de allí.

—Mire eso —contestó—. La casa era casi toda de madera y tenía al menos cincuenta años de existencia, Ha ardido como la yesca, con solo que le hayan arrimado un fajo de periódicos encendidos.

Max asintió lúgubremente, procurando no prestar atención al continuo despotricar del alcalde, cuyas quejas cesaron cuando Mickerson le recordó que aquello estaba ocurriendo debido a su avaricia al no querer gastarse unos cuantos dólares de los fondos municipales.

Philipson pareció aplacarse un tanto y prometió convocar una nueva reunión del Concejo en cuanto todo hubiera acabado.

Se oyó de repente un enorme crujido. Sonaron gritos de alarma. El tejado vaciló un momento, hundiéndose ligeramente de costado. De pronto, toda la casa se hundió con enorme estrépito, eruptando a lo alto un colosal volcán de chispas y fuego, que despedían una espesísima humareda, la cual ascendía casi rectamente debido a la ausencia de viento en la mañana.

Allí ya no había nada que hacer, sino esperar a que los bomberos hubieran terminado de extinguir el fuego. Max se volvió hacia el jefe de los mismos.

—Cuando todo esté apagado, procuren hallar el cuerpo de la señorita Korpey.

—Si es que ha quedado algo —contestó el aludido, meneando la cabeza con gesto pesimista.

Dunstan volvió pocos momentos después.

—Por lo que he podido averiguar, nadie se dio cuenta de nada hasta que ya fue demasiado tarde —manifestó—. Entonces fue cuando avisaron a los bomberos.

Max miró hacia el inmenso brasero con aire preocupado.

—Me pregunto —murmuró—, por qué no habrá huido Elsa Korpey a tiempo. Dispuso del suficiente, a mí entender.

—El fuego, según parece —contestó Dunstan—, se inició en la planta baja. Lo más probable es que las llamas le bloquearan la escalera; ella dormía en el piso superior.

—¡Hum! —refunfuñó el joven.

—¿Por qué ese ¡hum!? —preguntó Dunstan con curiosidad.

—Una persona atrapada en tal situación, no se lo piensa demasiado, muchacho —contestó el joven—. Se trata solamente de la altura de un piso y es preferible escapar con una pierna rota a no quedarse adentro y arder vivo. Usted lo haría así, al menos, ¿no es cierto? Dunstan asintió,

mascando pensativamente su tabaco. De pronto dijo:

—¡Diablos, jefe! ¿Será posible que…?

Max asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Casi seguro —contestó—. De todas formas, en tanto no tengamos el informe de la autopsia, es prematuro afirmar nada en tal sentido. Le dejo aquí, Dunstan; si me necesita para algo, estaré en mi oficina.

—De acuerdo, jefe.

El joven regresó junto al coche, poniendo un pie en el estribo. Dirigió la vista hacia el incendio, que ya iba siendo dominado poco a poco. Sin embargo, calculó que pasaría al menos dos horas antes de que se pudiese hacer la menor exploración en tal sentido.

Iba a poner en marcha el coche, cuando, de pronto, otro automóvil llegó, frenando con estruendoso ruido de llantas. Un hombre se apeó de él, mirando en torno suyo con orgullo no disimulado.

Max salió del auto nuevamente, dirigiéndose hacia el recién llegado.

—Buenos días, señor Callamor —le saludó—. Y sin más preámbulos, dijo—: Ya puede ver usted; anoche uno y esta mañana otro.

Callamor le contempló unos momentos en silencio.

—No puede decirse que su labor como jefe de policía de Masakegoo sea de lo más satisfactorio —dijo agriamente—. Quedamos todavía cuatro. ¿Qué es lo que piensa hacer para proteger nuestras vidas?

—Ah —exclamó el joven—. Yo creía que usted era suficiente para protegerse a sí mismo.

Y se marchó, dejando al individuo con la palabra en la boca.

Regresó a la oficina. A mitad de camino se tropezó con Sabine Wess.

—Buenos días, Sabine —la saludó, deteniendo el coche junto al cordón de la acera.

La muchacha sonrió. Max se fijó en que estaba muy pálida y tenía los ojos circundados por intensas ojeras violáceas. Le dio la sensación de que se había pasado la noche en vela o poco menos, y se prometió a sí mismo averiguar los motivos de la extraña conducta de la muchacha, la cual no se había portado nunca de manera tan rara hasta aquel momento.

—Buenos días, Max —contestó ella—. Ya me he enterado de lo sucedido. Ha debido ser horrible, ¿no?

—En efecto, no ha tenido nada de agradable. Creo fundadamente que la señorita Korpey estaba dentro.

—¡Y se quemó viva! —exclamó, Sabine, espantada.

—Bien, todos los indicios hacen suponerlo. De lo contrario, creo que hubiera aparecido para dar señales de vida.

La palidez de la muchacha alimentó. Max empezó a alarmarse.

—¡Sabine! —exclamó—. ¿Qué le sucede?

Ella movió la cabeza.

—Mc… nada… nada —dijo con dificultad—. Es, simplemente, la

noticia… Gracias por sus informes, Max.

—Si se siente enferma, la llevaré a casa, Sabine, dígamelo con toda franqueza.

—No… gracias, se me pasará enseguida —sonrió forzadamente—. He sido una tonta… dispénseme. Adiós, Max.

La muchacha se alejó con vivo taconeo. Max estuvo contemplándola hasta que la vio meterse en su tienda. Luego meneó la cabeza, no convencido del todo.

Empezaba a sospechar que Sabine tenía alguna relación con los crímenes cometidos. Pero, ¿qué clase de relación? se preguntó. Sabine solo llevaba seis meses en Masakegoo y no había conocido a Johnny McTell. ¿Por qué le preocupaban tanto unas muertes que no tenían relación alguna con ella?

Sumamente intrigado por la incomprensible conducta de la muchacha, regresó a su oficina. Una vez en ella, buscó en los archivos las actas del crimen cometido diez años antes.

Masakegoo era demasiado pequeña para que hechos como la muerte de Bareton volvieran a repetirse. Después de que Johnny McTell hubo cometido el asesinato, solo se habían producido dos hechos de sangre y los dos no demasiado graves. Una puñalada en una discusión entre borrachos y una perdigonada a un cazador furtivo. El resto se reducía a pequeños latrocinios casi siempre cometidos por gente de fuera de la localidad, alguna pelea entre matrimonios, más violenta que de costumbre, y las habituales broncas del sábado originadas por la destemplanza de los borrachos. Pero sucesos como la muerte de Ralph Bareton no se habían producido y era difícil volvieran a ocurrir… excepto cuando el asesino volvía para tomar venganza al cabo de diez años.

Extrajo las actas con los interrogatorios policiales. Para conocer el sumario, habría tenido que ir al archivo del juzgado, pero no lo consideraba demasiado interesante, ya que sabía que los testigos habían declarado de forma análoga ante la policía y ante el juez durante el proceso. Con lo que tenía en la mano podía darse cuenta cabal de cómo se habían producido los hechos diez años antes.

Sentóse ante la mesa, encendió un cigarrillo, abrió el legajo por la primera página y empezó a leer.

CAPÍTULO IX

Declaración de Tunner Sbero:

"Aquel día por la tarde, vendí a Johnny McTell una caja de cartuchos calibre doce. Me pareció muy nervioso. Estaba enterado de lo que le había sucedido el día anterior y le recomendé calma. Me agradeció el consejo… Sí, se iba de caza, eso es lo que dijo después. Lamenté el incidente y me contestó que si Bareton continuaba molestando a Manny, su novia, tendría que darle un buen escarmiento. Que a ver si se había creído que porque tenía dinero en abundancia podía dejarle a él sin novia… Sí, claro, pagó puntualmente. Luego se fue… y ya no supe más de él hasta que me enteré de la muerte de Bareton".

Declaración de Elsa Korpey:

"Eran ya las ocho de la noche. Sí, Johnny iba en dirección a la casa de Bareton. Había bastante obscuridad, pero le reconocí al momento, le había visto demasiadas veces para no… ¿Qué cómo supe que era él? No podía equivocarme; nadie más que Johnny McTell usaba en todo Masakegoo la camisa roja que él llevaba… Además me saludó, agitando la mano. Le contesté por educación; no porque fuera hombre de mi agrado. Sí, llevaba la escopeta colgada al hombro. Caminaba muy deprisa, casi corriendo. Me dio la sensación de que estaba tremendamente excitado…"

Declaración de Sam Dendry:

"Estaba durmiendo muy cerca del lugar del crimen… Claro que escuché los gritos de la víctima… Dijo, exactamente *"¡Cuidado! ¿Qué vas a hacer? Dejaré a Manny en paz, te lo aseguro. ¡Suelta esa escopeta!*… Y luego escuché ruido de lucha… No, no pelearon mucho; el disparo sonó casi enseguida. Oí el ruido de un cuerpo al caer al suelo y a continuación, Johnny pasó a todo correr por mí lado… No, diablos, cualquiera le detenía; no tenía ganas de que me arrease a mí otro escopetazo…"

Declaración de Ralph Callamor:

"Aquella misma noche, vino a mí casa y me pidió agua. Le ofrecí café y licor, pero lo rechazó. Solo quería un poco de agua. Parecía

tremendamente nervioso. Tenía desollados los nudillos de la mano derecha y un rasguño en la mejilla izquierda. Me dio la sensación de que había sostenido una pelea no hacía mucho. ¿La escopeta? No se la vi, pero me fijé al marcharse y la llevaba colgada del hombro. Seguramente la había dejado apopada en la pared al entrar en mi casa… ¿Mi opinión sobre si fue él el asesino? Oh, no puedo hacerlo, únicamente me limito a contar lo que he visto. Si fue el asesino, eso les compete a ustedes, los policías, probarlo…”

Declaración de Melvin Treiggs:

“Cuando me levanté, Johnny McTell estaba durmiendo sobre un montón de paja, junto al henil. Tenía sangre seca en la cara y en la mano derecha. Estaba borracho perdido y tenía la escopeta al lado. Recuerdo que la examiné antes de despertarle; con un tipo como aquel, uno no sabe nunca a qué atenerse… Sí, había gastado un cartucho. El otro estaba en la recámara, intacto. Para entonces, ya se había hallado el cadáver de Bareton. Le desperté. Estaba aún muy aturdido. Vino a la cocina conmigo y le ofrecí café, que bebió ávidamente. Entonces le di la noticia y se quedó lívido. *“¡Dios mío, lo he matado!”,* dijo, o algo por el estilo”.

Declaración de Ashley Beaufort:

“Estuvo en mi bar desde las seis y media hasta las siete y media, más o menos. Bebió en abundancia, hasta casi emborracharse, hasta el punto de que tuve que llamarle la atención. Me envió al diablo y, ¡qué rayos quería que hiciera con un tipo así, que tenía una escopeta en la mano! A las siete y media, más o menos, se marchó. No hacía más que repetir todo el rato: *“¡Tengo que matar a ese bastardo!”* Lo dijo varias veces, sí, pero no a mí, sino como hablando consigo mismo… Me quedé muy aliviado cuando se marchó, la verdad”.

Max cerró el legajo y se reclinó hacia atrás en su sillón, meditando intensamente durante unos minutos. Tendría que reinterrogar a los supervivientes, decidió al cabo.

A su entender, si los testigos habían declarado en el proceso lo mismo que ante la policía, las pruebas no habían sido lo suficientemente concluyentes para una condena a muerte. Eran pruebas meramente circunstanciales, no definitorios, basadas únicamente en las declaraciones de los testigos, ninguno de los cuales, se dijo, *había visto a Johnny disparar contra Bareton.*

El más concreto de todos, paradójicamente, había sido el borrachín de Dendry. Este tampoco había visto la pelea, pero había oído la frase del

muerto antes de recibir el disparo final. Y también había escuchado el estampido. Bareton lo había expresado claramente en las frases que había pronunciado instantes antes de recibir el disparo fatal.

En cuanto a los demás testigos, sus declaraciones eran muy comprometedoras, pero no exactamente definitorias. Sin embargo, habían sido aquellas declaraciones las que habían enviado a Johnny McTell a la horca… que el muchacho había podido eludir, evadiéndose de sus custodios, sin que hubiera podido ser capturado hasta el momento.

Se puso en pie y guardó el legajo. Las restantes declaraciones, incluida la de Manny, la novia del acusado, carecían de importancia. Manny se había limitado a repetir, con exhausta monotonía, una y otra vez, que Johnny era inocente y que él no había matado a Bareton. Pero la muchacha no había podido presentar la menor prueba de su defensa.

Salió de la oficina y tomó el automóvil, con ánimo de reinterrogar nuevamente a los testigos. Empezaría por Treiggs, el que vivía más lejos de la ciudad.

Arrancó rápidamente, dirigiéndose a la granja de Treiggs, a la cual llegó treinta minutos más tarde. Hizo un gesto de desagrado al contemplar el pobre espectáculo que se le ofrecía ante sus ojos.

Buena parte de la cerca estaba cayéndose y, en muchos puntos, los maderos aparecían podridos o carcomidos por la acción del tiempo y los parásitos. La bomba del agua, movida por un decrépito molino de viento, chirriaba lúgubremente y en un establo cercano, un par de vacas mugían tristemente.

Detuvo el coche ante la entrada del corral y saltó al suelo. Cruzó el patio polvoriento, alejando a puntapiés a un perro famélico y alborotador, cuyos alaridos se expandieron en todas direcciones.

Una mujer salió al porche, secándose las manos con el delantal. Era menuda, insignificante, de rostro aprensivo y mirada vacilante.

Max se destocó con gesto cortés.

—Buenos días, señora Treiggs —saludó—. ¿Está su esposo en casa?

—Sí —contestó la mujer, arrojándole una mirada llena de temor—. Pase usted, señor Landy.

Max cruzó el umbral. La casa, según pudo apreciar, estaba un poco más limpia que el exterior. Sin duda porque allí estaba la mano de la mujer del granjero. Pero los muebles eran pobres y sin orillo, y el tapizado de las sillas aparecía raído por muchos sitios.

—Un momento, señor Landy, por favor —dijo la granjera.

—Gracias, señora —contestó el joven.

Treiggs apareció momentos después. Tenía los ojos hundidos en las órbitas y el labio inferior le temblaba constantemente.

—Buenos días, jefe —saludó con nerviosismo no disimulado—. ¿Deseaba verme?

—Así es, señor Treiggs. Lamento tener que molestarle, pero me veo obligado a hacerle algunas preguntas que estimo de interés general para todos.

El granjero sacó la lengua y se humedeció los labios.

—Estoy dispuesto, jefe. ¿De qué se trata?

—Verá —contestó el joven—. He estado leyendo su declaración, la que hizo cuando el proceso de Johnny McTell y quisiera que usted me aclarase algunos puntos sobre la misma.

—Bueno, yo… la verdad… Entonces ya dije todo lo que tenía que decir, señor Landy. Me parece a mí…

Max no hizo caso. Decidió seguir adelante.

—¿En dónde encontró usted a Johnny McTell, señor Treiggs?

—Estaba ahí afuera, dormido como un tronco, completamente borracho, junto al henil.

—¿Cómo sabe usted que estaba borracho?

—Tenía una botella al lado y estaba vacía. Además, apestaba a licor.

—Según tengo entendido, usted le tomó la escopeta antes de despertarle.

—Sí. Tenía miedo.

—¿De quién, de Johnny? No era enemigo suyo, señor Treiggs.

La mirada del granjero se hizo de pronto inconsistente.

—Bueno, la verdad es que Johnny era un muchacho de un carácter un tanto violento. Y como el día anterior había estado profiriendo aquellas amenazas…

—¿Se las oyó usted a él en persona? —preguntó el joven rápidamente.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿quién se lo contó?

—Bueno, la verdad es que… fue en el *Sad Lady.*

—La muerte de Bareton ocurrió un miércoles. Usted no suele bajar a la ciudad más que los sábados.

—Bien, aquel día… necesitaba unos víveres…

—Es raro, si tenemos en cuenta que es su mujer la que se ocupa de todo lo concerniente a la cocina, señor Treiggs, y que es ella la que suele bajar en el calesín del rancho, porque ustedes no disponen de automóvil. A mí me ha costado cerca de media hora llegar aquí en automóvil, lo cual supone, al menos, un tiempo más que cuádruple para llegar a la ciudad. ¿Tan importante era lo que usted tenía que hacer en la ciudad para suspender el trabajo por un día casi entero?

El rostro del granjero se puso colorado como un pimiento.

—Bueno, eso es lo que hice y no tengo que añadir nada más —contestó, empleando por primera vez un aire un tanto retador.

—Conforme —dijo el joven, no muy convencido—. Ahora, veamos: cuando usted despertó a Johnny, ¿le dijo que Bareton había muerto?

—Sí, claro.

—¿Qué hora era?

—Pues… suelo levantarme a las cinco y media o seis de la mañana, según las épocas, claro.

—Y entonces vio a Johnny junto al henil.

—Sí.

—¿Salió usted de casa aquella noche? Es decir, después de regresar de la ciudad.

—No.

—¿A qué hora regresó?

—A las siete y media de la tarde, más o menos.

—El crimen se cometió entre nueve y media a diez de la noche. Si usted no volvió a salir de casa, ¿cómo era que a las cinco y media de la mañana, o aunque fueran las seis, que es cuando despertó a Johnny, estaba enterado ya de la muerte de Bareton?

El rostro del granjero se tomó repentinamente lívido. Balbuceó unas cuantas frases inconexas y retrocedió un paso.

—Bu… bueno, yo…

Max le miró duramente.

—Tengo la sensación de que usted cometió perjurio en sus declaraciones, señor Treiggs. ¿Por qué?

—¡No, no! —chilló el granjero—. Declaré la verdad. Johnny mismo dijo que lo había matado.

—¿A quién?

—A Bareton.

—¿Está seguro de ello?

—Positivamente. Cuando le dije que Bareton había muerto, se llevó las manos a la cabeza y exclamó: “¡Dios mío! ¡Lo he matado!”

—¿Examinó usted su escopeta?

—Sí. Tenía un cartucho descargado.

—¿Se acuerda usted del calibre del arma?

—Creo que sí. Era… del doce… eso es, jefe.

—¿Se la devolvió luego?

—Sí. Cuando lo vi más calmado. ¿Qué iba a hacer yo con ella?

Max miró fijamente al granjero. Este desvió la vista a un lado.

—Señor Treiggs —preguntó bruscamente—, ¿quién le dio a usted la noticia de la muerte de Bareton?

—Bueno, le diré la verdad —Treiggs miró a derecha e izquierda aprensivamente—. Si es usted hombre, sabrá comprenderme. Pero, por el amor de Dios, que no se entere mi mujer.

—Está bien, hable —dijo Max, súbitamente satisfecho del giro que tomaba el interrogatorio.

—Verá, aquella noche yo… había estado jugando una partida de póker

con unos cuantos amigos…

—Sus nombres —dijo el joven, sacando una libreta—. Tengo que comprobar si lo que me dice es verdad.

—Sí, sí —Treiggs parecía muy ansioso por descargar su conciencia—. Nos juntamos en la granja de uno de ellos. Lo hacemos de vez en cuando… pero si se enterase mi esposa, me arrancaría las orejas.

—Comprendo —sonrió Max—. Veamos, dígame los nombres de los individuos que formaron la partida.

Treiggs citó cuatro o cinco nombres, que el joven anotó en su libreta. Al terminar, hizo una mueca. Todos eran granjeros de medio pelo como Treiggs, vagos, gandules o borrachos, cuando no tenían otros vicios peores. Así vivían en la miseria o poco menos.

—Está bien, los interrogaré para ver si me ha dicho usted verdad. Y ahora, ¿quién les dio la noticia?

—Fue el vagabundo ese. Dendry. Estábamos a mitad de la partida cuando apareció, pálido como un difunto. Dijo que había visto a Johnny matar a Bareton. Pidió licor y le dimos un trago. Naturalmente, la partida se disolvió en el acto. Yo me escabullí hacia mi casa, diciéndole a mí mujer que había estado poniendo unos cuantos cepos para cazar, ¿sabe? Y luego, por la mañana, me encontré a Johnny con aquel aspecto… Me dio mucho miedo, la verdad.

—Y con el miedo que le daba, ¿le devolvió la escopeta? —preguntó el joven incrédulamente.

—Sí, pero descargada.

Max cerró la libreta y la guardó en su bolsillo. Miró a Treiggs con expresión desconfiada.

—Señor Treiggs —dijo—, no creo que, a pesar de todo, me haya dicho usted toda la verdad. Es muy probable que se revise el proceso. Entonces, si se demuestra que cometió perjurio, lo pasará bastante mal. Medite mientras tanto y si me ha ocultado algo, vaya a verme; ya sabe dónde tengo mi oficina.

Se dirigió hacia la puerta y después de haberla abierto, se volvió hacia el granjero que aparecía como petrificado.

—Por el momento —concluyó con tono seco y autoritario—, lo mejor será que no se ausente de la granja bajo ningún concepto. Estoy esperando que me nombren más ayudantes. En tal caso, le enviaría uno para protegerle.

Y salió de la casa.

CAPÍTULO X

En la oficina le esperaba una noticia poco agradable.

Chick Dunstan tenía en las manos un documento oficial. Era el informe forense.

—Elsa Korpey murió asesinada —declaró dramáticamente—. Le golpearon la cabeza con un objeto contundente y luego el asesino prendió fuego a la casa para ocultar las huellas de su crimen. Hubiera podido pasar por un accidente, de no haber caído una gruesa viga sobre su cuerpo, la cual lo protegió de una total incineración. Examinados los restos, el médico halló que tenía la nuca fracturada.

—Es decir, que hubiera muerto de todas formas.

—Sí, pero de este modo, el asesino fingía un accidente.

—¿Y qué objeto tenía pegar fuego a la casa, cuando ya había matado a Beaufort de un modo que no podía llamarse accidental? —se extrañó el joven.

Dunstan se lo quedó mirando, con expresión de desconcierto.

—¡Diablos, es verdad! ¿Por qué hacerlo así cuando sus intenciones eran las de matar de todas formas?

Los dos hombres guardaron silencio unos momentos. De pronto, Max recordó una cosa.

—Dunstan, ¿cuántos cuerpos se hallaron entre los restos del incendio?

—¿Eh? Pues uno, naturalmente. Elsa Korpey vivía sola, tú lo sabes.

—Eso es lo que creíamos todos. Y la gente lo sigue creyendo. Pero no es verdad.

—Max, muchacho, no difames a la muerta. Si alguna había virtuosa y puritana en la ciudad, era ella.

Max rio agriamente.

—Dejémoslo a un lado, Dunstan —contestó—. De modo que un solo cuerpo, ¿eh?

Y a continuación, el joven relató a su ayudante cuanto había presenciado la noche anterior.

Dunstan se quedó de piedra al escuchar el relato.

—¡Cielos! Si la cosa se hiciera pública, sería la noticia más fabulosa de cuantas han circulado en la ciudad desde la muerte de Bareton.

—Pero nosotros la callaremos por el momento. Ahora ya sé lo que pretendía Johnny al incendiar la casa. Calculó que Dendry debía estar durmiendo la borrachera y que no se despertaría con el tiempo suficiente para escapar al fuego.

—Pero el caso es que el cuerpo de Dendry no ha sido hallado entre las

ruinas.

—Eso se debe a que Dendry fue más listo o, simplemente, procuraba por el buen nombre de Elsa, marchándose siempre antes de que fuese de día para no comprometerla.

—O a que fue él el asesino —sugirió el comisario.

Max meneó la cabeza.

—No, no; tuvo que ser Johnny McTell. ¿Por qué iba Dendry a matar a Elsa? Tenía comida y bebida garantizadas, además de… ¡ejem, ejem! Para él, Elsa Korpey era una mina. ¿Qué hubiera podido robarle? ¿Unos cientos de dólares, cuanto más? En dos semanas los hubiera disipado en alcohol y luego no habría podido encontrar una ganga como la que tenía. No, mi opinión es que Dendry se marchó antes del alba, como la inmensa mayoría de las veces, y a poco, el asesino llegó a la casa y cometió el crimen.

—Eso significa que el asesino es alguien que conocía muy bien lo que sucedía en casa de Elsa.

—Johnny McTell —dijo Max.

—Con toda seguridad. Era el cazador más hábil de la ciudad y el único que, aparte de Dendry, conocía los contornos al dedillo. Actuaba mucho por la noche… y por la noche, muchacho, se ven muchas cosas que las personas normales desconocen, porque, sencillamente, están en la cama.

—Así es —concordó el joven—. Bien, Dunstan, ahora nuestros esfuerzos se deben concentrar en hallar a Dendry y traérnoslo acá a la fuerza. Mejor dicho, lo hará usted, porque yo tengo que hacer algunas visitas todavía. He hablado con Treiggs…

—¿Y qué le ha dicho el tipo?

—Mintió. Mintió en sus declaraciones cuando el crimen, aunque dijera parcialmente la verdad. Y yo me pregunto: ¿Por qué mintió?

—Sería interesante averiguarlo —concordó el comisario. Dunstan se puso el sombrero y, ya desde la puerta, miró al joven—: Ese Treiggs no me gustó nunca, la verdad. Pero cuando declaró sobre la muerte de Bareton se mantuvo siempre en sus trece. ¿Qué podíamos hacer nosotros?

El teléfono sonó en aquel momento. Max atendió la llamada. El comisario esperó.

—Se trata de Callamor —expresó el joven al colgar el aparato—. Dice que vio a Johnny emboscado, esperándole, pero que pudo disparar antes. Johnny huyó. Cree haberle tocado, pero no está seguro.

—Déjame a mí, muchacho; yo iré a investigar lo que haya de cierto.

—De acuerdo. Llévese el coche; por ahora no lo necesitaré.

—Gracias. Hasta la vista, jefe.

Dunstan salió y el joven lo hizo momentos después.

Mientras caminaba, no hacía más que pensar en la conversación que había sostenido con el granjero. A cada segundo que transcurría, se convencía más y más de que Treiggs se había guardado algo que no quería

revelar por nada del mundo. ¿De qué se trataba?

Se encaminó en derechura al almacén de Sbero. Al pasar por la tienda de Sabine, vio a la muchacha atendiendo a una cliente, la única que había en aquellos momentos.

La compradora era Louise Pellon, la cual estaba examinando con ojo crítico una espumosa prenda de encaje negro, ante la mirada complaciente de la muchacha.

Sabine le vio y su expresión varió casi en el acto. Louise advirtió el gesto y se volvió.

La rubia agitó ostentosamente el brazo para saludarle, en tanto que Sabine se limitaba a hacerle una sencilla inclinación de cabeza. El joven estuvo tentado de detenerse y penetrar un instante en la tienda, pero, pensándolo mejor, continuó su camino.

Unos momentos después, entraba en el almacén. Sbero en persona vino a atenderle.

—Deseo hablar con usted a solas —manifestó el joven, después de los primeros saludos.

—Muy bien, venga conmigo —contestó el almacenista, procurando mantener la serenidad.

Pasaron a una habitación contigua. Sbero trató de servirle una copa, pero el joven la rechazó con un gesto.

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó el almacenista con cierta ansiedad en la voz.

—Quiero que haga memoria de algo que sucedió en Masakegoo hace diez años, señor Sbero —manifesté el joven.

El almacenista se puso en guardia instantáneamente.

—Ya declaré entonces todo cuanto tenía que declarar —dijo con acento hostil.

—Es posible —contestó el joven—; pero me gustaría confrontar su declaración con la que formuló años atrás.

—La tiene en los archivos de la policía y en los del juzgado —respondió Sbero—. Sobre ese punto, no tengo nada más que hablar.

—¿Está usted seguro? —inquirió Max.

—Absolutamente. Todo cuanto tenía que decir sobre la muerte de Bareton, lo dije ya entonces.

Max tomó su sombrero con calma.

—Bien —dijo—, es posible que se reabra el proceso contra Johnny McTell. Puede que si eso llega a suceder, cuente con un defensor mejor que el que tuvo entonces, y que, prácticamente, fue el autor de su condena a muerte.

El labio inferior de Sbero tembló perceptiblemente.

—A pesar de todo, no tengo nada más que añadir, jefe —y luego, ya con acento declaradamente ofensivo, añadió—. Lo que tendría que hacer

usted, mejor que volver sobre algo que ya no tiene remedio, es tratar de proteger nuestras vidas. Dos personas han muerto ya a manos de ese asesino. ¿Cuántos más morirán si usted y el idiota de su ayudante no lo detienen a tiempo?

Max trató de mantenerse impasible.

—Estamos haciendo cuanto podemos, señor Sbero —contestó—. Esto mismo forma parte de mi plan para protegerle, aunque usted no lo crea —se encogió de hombros—. En fin, si usted no quiere ser más explícito, tendré que lavarme las manos.

—No, no quiero hablar más sobre el particular, Landy —declaró secamente el tendero.

Max se dirigió hacia la puerta. Detúvose un instante pensativo y luego se volvió.

—El perjurio está severamente castigado en este país —declaró—. Eso es algo que debe tener usted muy en cuenta, señor Sbero.

Sbero no contestó.

CAPÍTULO XI

Max se despertó sobresaltado al oír abrirse la puerta de la oficina. Frotóse los ojos, viendo a Dunstan que penetraba en la estancia con gesto entre satisfecho e incomodado al mismo tiempo.

—¿Sí? —preguntó lacónicamente.

—He hablado con Callamor —dijo el comisario—. Parece cierto que, en efecto, disparó contra Johnny McTell.

—¿Dónde fue eso?

—A milla y media al este de su casa. Iba recorriendo un algodonal a caballo, cuando de pronto vio un individuo escondido entre las matas cercanas. El tipo no tenía nada que hacer allí a semejantes horas y, además, Callamor le vio armado.

—¿Divisó la pistola, la escopeta o lo que fuera? —preguntó el joven.

—Callamor me dijo que lo vio armado. Es decir, que vio el brillo de algo que parecía un arma.

—Bueno, pudo ser un cuchillo. O una lata de habichuelas que se estaba comiendo él individuo tan tranquilamente.

—Como sea, el caso es que Callamor se anticipó y le soltó un tiro. El individuo huyó a la carrera.

—¿Y Callamor no le pudo alcanzar? Iba montado a caballo.

—Pero los matorrales son muy espesos por allí y un hombre puede escurrirse con toda facilidad. Johnny le dio esquinazo y Callamor no pudo detenerle.

Max hizo una mueca.

—Eso es cierto —luego, con acento pesimista, añadió—: Vaya a saber dónde se habrá escondido ahora. Hay pocos como él que conozcan la comarca y…

Dunstan sonrió misteriosamente.

—Tengo aquí fuera a alguien que quizá pueda decírnoslo, Max.

—¿Eh? ¿A quién se refiere?

—Ven conmigo, muchacho. Pesa más que el plomo y yo ya tengo los huesos un poco duros.

Max se puso en pie y salió de la oficina. El coche estaba detenido ante la puerta, con un hombre tendido en el asiento posterior.

—¡Sam Dendry! —exclamó asombrado.

—El mismo —contestó Dunstan—. Lo encontré al borde de un camino por pura casualidad, tirado en el suelo como un harapo.

Max arrugó la nariz.

—Está bebido —comentó, al notar el hedor a alcohol que salía del

interior del auto.

—Eres muy compasivo, muchacho. Está asquerosamente borracho, con, seguramente, la mayor borrachera de cuantas ha pescado en su vida. Y cuidado que ha bebido el sinvergüenza este. Vamos, ayúdame a llevarlo a una celda; en estas circunstancias, es el lugar más seguro para él.

Unos momentos después, Dendry, completamente inconsciente a causa del alcohol ingerido, dormía pacíficamente sobre uno de los camastros carcelarios.

Max lo contempló con aire pesimista.

—Ha debido beber mucho, sin duda.

—Yo le vi dos botellas vacías al lado, de modo que ya puedes calcular. Tiene por lo menos hasta que se haga de día.

—Entonces le refrescaremos. Tengo que hablar con él; seguramente, si le apretamos, nos dirá muchas cosas interesantes.

Max cerró la puerta, cuya llave entregó al comisario.

—Yo me voy ahora a cenar a casa. Volveré quizá un poco tarde; no se preocupe por mí.

—De acuerdo, muchacho; estaré aquí aguardándote.

El joven se fue a su casa, donde cenó con buen apetito. Al terminar, se despidió de su madre y salió a la calle.

En lugar de dirigirse a la oficina, sin embargo, se encaminó a Main Street, apostándose en un lugar discreto, desde el cual pudiera vigilar la puerta de la tienda de Sabine.

Masakegoo era una población tranquila, y pasadas las diez de la noche, era difícil ver a una persona fuera de su casa. Max, pudo, pues, montar tranquilamente su vigilancia, sin temor a ser descubierto.

Esperó largo rato, casi una hora. Al fin, alrededor de las once, vio que se abría la puertecita contigua a la tienda.

Sabine Wess vivía en una pieza adyacente a la tienda, lo cual le permitía atenderla con mucha mayor facilidad. Max la reconoció inmediatamente, a pesar del traje obscuro que vestía la muchacha y que no era habitual en ella. Pero comprendió al instante que se lo había puesto con el fin de pasar mejor desapercibida.

Cuando estuvo seguro del rumbo que tomaba la muchacha, salió de su observatorio y la siguió cautelosamente. Sabine recorrió Main Street hasta llegar a la calle Jackson. Max frunció el ceño al darse cuenta del recorrido tan extraño que llevaba la joven.

De pronto, vio a Sabine detenerse al pie de un edificio. La muchacha permaneció vacilante unos minutos y luego rodeó la casa, metiéndose en un callejón contiguo.

Max esperó un tiempo prudencial y luego atravesó rápidamente la calle, dirigiéndose a la esquina tras la cual había visto desaparecer a Sabine. Asomó la cabeza, sin verla.

Era indudable que se había metido en una casa. Max levantó la cabeza, reconociendo con gran asombro, que era la pensión de la señora Mulligan.

Inmediatamente recordó la escena de aquella mañana. Sabine había estado vendiendo ropas íntimas a Louise Pellon. ¿Sería posible que hubiera vuelto a verla otra vez, a una hora tan desacostumbrada?

Esto significaba que las dos mujeres tenían que hablar de algo muy interesante para ellas. Tanto, que no querían se las vieran en público. ¿Por qué?

Inútilmente se devanó los sesos el joven tratando de hallar una razón justificativa de la extraña conducta de ambas mujeres, pero muy en especial de Sabine. ¿Qué tenía ella que ver con una individua de tan dudosa conducta como Louise Pellon?

Dispuesto a salir de dudas, se adentró en el callejón con sumo cuidado. La casa de la señora Mulligan tenía una puertecita trasera y por allí era por dónde Sabine debía haber entrado en la misma.

Tanteó la cerradura. Sonrió. Tal como había supuesto, la puerta no estaba cerrada con llave. Seguramente, la misma Louise la había dejado abierta.

Abrió cuidadosamente y se adentró en la casa. Se estremeció al pensar en lo que podía suceder si la señora Mulligan le encontraba allí. Menudo escándalo le armaría ante los miembros del Concejo Municipal.

Arriesgándose a ser descubierto, encendió la linterna que había traído a prevención. Se encaminó hacia la escalera que daba al piso superior.

Subió los peldaños, alumbrándose con rápidos destellos de la lámpara a la vez que procuraba no hacer el menor ruido. Una vez arriba, se mantuvo expectante, buscando algún sonido que pudiera orientarle para conocer la habitación de Louise Pellon, cuya ubicación exacta desconocía.

De pronto le pareció escuchar murmullo de voces. Afinó el oído, hallando que el sonido procedía de una habitación situada dos puertas más a la izquierda.

Caminó de puntillas hasta la puerta, deteniéndose junto a una de las jambas.

Escuchó.

No pudo oír nada sino un vago e inconcreto rumor de conversación, sin que le fuera dable definir una sola de las frases que se cruzaban entre los interlocutores. De pronto, le pareció ver un hilito de luz que salía por un orificio de la madera.

El agujero era el de la cerradura. Max se arrodilló, mirando a través del mismo.

Sabine estaba frente a él, sentada en una silla, en actitud suplicante, aunque sin exceso. A su lado vio unas rotundas caderas que no podían pertenecer más que a una persona: Louise Pellon.

Un poco más cerca divisó el costado izquierdo de una persona, un

hombre, sin duda alguna, a juzgar por su ropaje. El hombre accionaba con cierta violencia al hablar, pero Max no podía entender lo que decía, debido a que, pese a su excitación, mantenía la serenidad suficiente como para no levantar la voz más arriba de un tono desagradablemente discreto para el joven.

De pronto, una súbita sospecha hirió su imaginación. ¿Era aquel hombre…?

Sacudió la cabeza, estremecido por un violento escalofrío. No, no podía tratarse de Johnny McTell. A menos, entonces, que las dos mujeres fueran sus cómplices.

Se le antojó monstruoso que Sabine fuera la cómplice de un asesino como Johnny McTell. Louise Pellon era mujer de la cual cabía esperar cualquier cosa, pero Sabine…

Era preciso salir de dudas. No podía continuar en aquella incertidumbre. Además, caso de que realmente se tratara de McTell, su obligación era detenerlo.

Se puso en pie, sumamente inquieto y desazonado. ¿Qué hacer?

Aflojó la trabilla del revólver. Levantó el puño para llamar a la puerta. Pero, ¿cómo justificar, no ya ante las dos jóvenes, sino ante la señora Mulligan, su presencia en aquel lugar?

Meditó un momento.

La casa estaba aislada. La habitación de Louise daba al exterior, pero al lado opuesto. Estaba seguro de que el asesino había entrado por la ventana. La puerta abierta que él había hallado se debía al hecho de dar facilidades a Sabine para que pudiera penetrar en la casa.

Tomada la resolución, no tardó mucho tiempo en ponerla en práctica. Dio media vuelta y bajó las escaleras con la mayor rapidez posible, saliendo a la calle en escasos segundos.

Dio la vuelta a la casa, tratando de localizar la habitación de Louise Pellon. Avanzó, lanzando rápidos destellos con la linterna. El hallazgo de una pequeña escalera adosada a la pared, le indicó su objetivo con mayor seguridad que cualquier otro detalle.

Esperó cautelosamente, agazapado en las sombras. Tenía el revólver ya listo, dispuesto para dispararlo si era necesario.

No tardó mucho en abrirse la ventana del piso superior. Oyó un leve cuchicheo y luego el inconfundible chasquido de un beso.

El roce de unos pies contra los peldaños de una escalera llegó hasta sus oídos. Tensó todos sus músculos. El momento de la acción se aproximaba.

El hombre descendió por la escalera, ignorante del peligro que le acechaba. En el instante en que ponía sus pies en el suelo, Max apoyó el cañón del revólver sobre su espalda.

—¡Manos arriba, Johnny McTell! —dijo—. ¡Un solo movimiento y le atravieso de parte a parte!

CAPÍTULO XII

Hubo un momento de silencio. Después, el hombre rio en voz baja.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Antes de contestar a ninguna pregunta, mejor será que ponga las manos sobre la nuca, McTell —dijo el joven con duro acento—. Se han cometido dos crímenes ya y no tengo ganas de que se produzca el tercero. ¡Vamos, no me obligue a repetirlo!

—A juzgar por lo que he oído, tú debes ser el jovenzuelo a quién conocí muchos años atrás con el nombre de Max Landy y que ahora es el jefe de policía de Masakegoo. ¿Estoy en lo cierto, Max?

—Sí —contestó el joven—. Y ahora que lo sabes, no intentes resistirte, Johnny. Me sabría muy mal tener que disparar contra ti.

—¿Cómo supiste que estaba en casa de la señora Mulligan? —preguntó el asesino.

—He dicho que no quiero contestar a ninguna de tus preguntas —Max se maldijo por su imprevisión al no haberse traído un par de esposas—. Al menos, mientras no te tenga en lugar más seguro. Vamos, Johnny, da media vuelta y echa a andar delante de mí.

—¿Me llevas a la comisaría de policía?

—Claro, ¿qué te suponías? Camina. Johnny.

El detenido suspiró. Inició un movimiento de giro, como para salir a la calle, y en el mismo momento, bajó su brazo derecho.

El codo golpeó la boca del cañón de la pistola. El arma escupió una llamarada de color naranja, junto con un seco estampido.

Max vaciló. El asesino se aprovechó de la sorpresa y volvió a golpearle la mano armada. El revólver voló por los aires.

El joven trató de arrojarse sobre su contrincante. Pero Johnny le recibió con un fenomenal derechazo a la mandíbula. Max sintió que algo estallaba dentro de su cráneo y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, se encontró en el centro de un círculo de interesados espectadores, que intercambiaban excitados comentarios entre sí. Se sentó en el suelo, completamente aturdido todavía.

Una mano compasiva le acercó un vaso. Bebió, y al hacerlo, tosió y estornudó. El alcohol, sin embargo, le reanimó notablemente.

Se puso en pie, ayudado por alguno de los espectadores. Uno le entregó la pistola. Otro le dio el sombrero, que se le había caído en la breve pelea sostenida con Johnny McTell.

—No es nada —dijo con voz débil—. Fue… creí ver a alguien que merodeaba por aquí y le di el alto. Entonces el tipo me golpeó y huyó.

Debía tratarse de algún vulgar ratero, que se asustó al verse frente a mí —inspiró con fuerza, sintiendo que las fuerzas le volvían poco a poco—. Váyanse a sus casas, señores —rogó—. Todo ha terminado ya, no tiene la menor importancia.

Quedóse allí hasta qué todo el mundo se hubo retirado, menos una persona: la señora Mulligan.

Max se dirigió hacia ella.

—Creo que el ladrón intentaba robar en su casa, señora —dijo—. ¿No oyó usted algún ruido raro?

—En absoluto. Dormía profundamente, hasta que el ruido del disparo me despertó.

El joven alumbró con su linterna el lugar de la pelea. Se estremeció fuertemente al advertir que la escalera había desaparecido, pero no dijo nada.

Se volvió hacia la mujer.

—Dispénseme, señora Mulligan. Desearía hacer alguna pregunta a los huéspedes de este lado de su casa. Lamento tener que proporcionarle esta molestia, pero no me queda otro remedio que hacerlo.

—Muy bien —contestó la viuda—. Suba usted conmigo.

Entraron en la casa. Max dijo:

—No es necesario que me acompañe, señora Mulligan. Despacharé enseguida.

—Muy bien —contestó la dueña de la pensión, no sin reluctancia.

Max emprendió el ascenso al piso superior, hablando con dos o tres huéspedes antes de llegar a la habitación de la Pellon. Al llegar a ella, tocó con los nudillos en la puerta.

Louise salió unos momentos después, ataviada con un espectacular salto de cama negro. Le sonrió maliciosamente.

—Tendremos que dar las gracias a nuestro atractivo *sheriff* por su celo en la vigilancia de la ciudad —manifestó.

—Sí, pero démelas dentro —dijo él, apartándola a un lado y colándose en la habitación.

Louise frunció el ceño y fue a protestar, pero ya el joven se había introducido en la habitación y cerrado la puerta. La expresión de la joven varió totalmente, haciéndose un tanto hostil.

—Si viene a preguntarme por ese ladrón —dijo secamente—. No sé nada. No me enteré de lo ocurrido hasta que oí el disparo.

—No hubo ladrón alguno —contestó Max—. Yo hice circular la especie, a fin de no divulgar secretos que a nadie más que a mí interesan. Y a usted también, señorita Pellon.

Ella le miró desafiante. Avanzó el busto prominente y puso una mano en la cadera, de modo que una de sus piernas quedó al descubierto casi por completo.

—¿Ah, sí? De modo que no hubo ladrón.

—En efecto. No era un ladrón, sino un asesino. Johnny McTell, para ser más explícitos.

Louise Pellon soltó una agria carcajada.

—¡Está loco, *sheriff!* —exclamó—. Johnny McTell aquí. Usted está obsesionado con ese hombre y lo ve en todas partes.

Max se señaló la mandíbula.

—Para mí desgracia, no solo lo he visto sino que lo he tocado. Lo tuve bajo el cañón de mi revólver, pero consiguió desarmarme y huir, tras haberme golpeado. Y todavía hay más; estuvo aquí, en esta misma habitación, no hace mucho.

—¡Bah! Usted no sabe lo que se dice —exclamó ella despreciativamente.

—Entonces —dijo él, con acento incisivo—, también pretenderá negar que, además de Johnny McTell, no estaba aquí la señorita Wess —señaló con la mano el salto de cama que vestía la rubia—. Sí, la misma que le vendió a usted la prenda que lleva ahora.

Max comprendió que sus palabras habían causado impacto en el ánimo de la estallante rubia, al ver la expresión que adoptaba su rostro.

—Entre las dos —siguió—, están encubriendo a Johnny McTell. No sé qué es lo que se llevan entre manos, pero sí puedo asegurarles una cosa: si no se decide a hablar y Johnny continúa cometiendo más crímenes, ustedes dos pagarán con la horca, como cómplices suyos.

—¡Johnny no es un criminal! —exclamó la rubia impulsivamente.

Max sonrió.

—De modo que admite que estuvo aquí —dijo.

Ella apretó los labios.

—No quiero hablar más —contestó violentamente—. Lo único que tengo que decirle es que Johnny es absolutamente inocente de los crímenes que se le achacan.

—¿Y cómo lo sabe usted? ¿Acaso se lo ha dicho él? Louise Pellon vaciló.

—Es… Bueno, lo sé y basta.

—Entonces, puesto que sabe tantas cosas, debe saber seguramente dónde se esconde. Sería conveniente que fuera a buscarle y que se presentase en mi oficina cuanto antes. De lo contrario, la próxima vez dispararé antes de formularle una intimación a entregarse, como, estúpido de mí, le hice esta misma noche. ¡Y tiraré a matar, téngalo por seguro!

Dio media vuelta y se fue, dejando tras sí a una Louise Pellon que había perdido su habitual seguridad en sí misma y cuyo rostro aparecía como si le hubiesen arrojado encima una paletada de ceniza.

Regresó a su oficina dándose a todos los diablos. Explicó a Dunstan lo sucedido y al acabar, dijo:

—No cuente a nadie lo que le he relatado. Lo de menos sería convertirme en el hazmerreír de todos; es que la noticia se divulgaría con el consiguiente beneficio para Johnny.

—¿Entonces, qué piensas hacer, muchacho? Ten en cuenta que Johnny anda suelto por ahí y puede cometer otro crimen en cualquier momento.

Max se mordió los labios. Realmente, estaba indeciso. Empezó a pasearse por la habitación.

—Tenemos aquí a uno de los amenazados…

—… el cual sigue durmiendo la borrachera como si fuera la primera — dijo el comisario sarcásticamente.

—Quedan, por tanto, Sbero, Treiggs y Callamor. Me pregunto si no sería lo más conveniente traerlos aquí hasta que el peligro hubiera pasado.

—¡Hum! —mascullό Dunstan—. Treiggs accedería a ello, estoy seguro. En cuanto a Sbero, su casa está demasiado céntrica para que Johnny se atreva a hacerle algo. Sería demasiado riesgo. Y en cuanto a Callamor… — el comisario se interrumpió.

—Ese no querría ni oír hablar siquiera del plan.

—Bien, al menos, ¿por qué no probamos con Treiggs?

—Es una buena idea —contestó Dunstan—. Voy a llamarle por teléfono ya decirle que se venga para aquí inmediatamente. ¿Qué hora tienes, muchacho?

—La una cuarenta y cinco.

Dunstan torció el gesto.

—Antes de las cuatro y media o las cinco no estará aquí. Tiene que venir en su birlocho y el camino es muy obscuro. Bueno, lo haremos así, de todas formas.

—Llame también a Sbero. Dígale que se ha visto a Johnny merodeando por los alrededores y que es conveniente que esté alerta.

—¿Y a Callamor?

—Lo mismo.

—Me enviará al infierno por despertarle, Max.

—Como se descuide, será él quien se vaya, empujado por Johnny. Llámele a pesar de todo.

Dunstan soltó una risotada.

—Lo que se va a divertir Helen Korsack esta noche —dijo, y se fue hacia el teléfono.

Mientras tanto, Max empezó a preparar un café, el cual tuvo listo cuando Dunstan terminó de hacer sus llamadas. Bebieron el café en silencio y luego, Max dijo:

—Túmbese a dormir un rato en la cama de una de las celdas. Ya le llamaré cuando haya venido Treiggs.

—De acuerdo.

Max se sentó ante su mesa, dejando únicamente una lámpara sobre la

misma para alumbrarse. Encendió un cigarrillo y meditó.

Le dolía profundamente la actitud de Sabine. Hacía tiempo que conocía a la muchacha y la apreciaba profundamente. Más de una vez se había preguntado si na era aquella la mujer ideal para él, pero quizá, por un exceso de timidez, no se había atrevido a ahondar en el trato. Que ahora le resultara nada menos que una cómplice de Johnny McTell, no solo le desagradaba, sino que le desazonaba enormemente. Pensaba entrevistarse con ella apenas fuera de día y obligarla de modo rotundo a poner las cartas sobre la mesa.

Sí, lo haría. Sabine tenía que hablar. Era mucho más joven que Louise y, por supuesto, infinitamente menos experta que esta en el trato con los hombres. Louise sería mujer dura de pelar en un interrogatorio —lo había demostrado cumplidamente horas antes—; pero Sabine se rendiría a las primeras de cambio y contaría todo cuanto supiera.

Sin darse cuenta, la cabeza se le dobló sobre el pecho. El sueño y la fatiga le vencieron.

Se durmió.

De pronto, un ruido que le pareció una estruendosa explosión, le despertó enormemente sobresaltado. Se puso en pie, echando mano a la pistola.

La voz de Dunstan sonó en el interior.

—Max, ¿qué sucede?

De pronto, el joven reparó en un cristal roto. Sin preocuparse de otra cosa, se lanzó al exterior, pistola en mano.

La calle estaba casi completamente a obscuras, alumbrada únicamente por media docena de faroles de gran pobreza lumínica, que dejaban anchos espacios de sombra entre ellos. Le pareció ver un hombre que corría silenciosamente a lo lejos, pero no pudo asegurarlo. Por otra parte, la distancia era excesiva para tirarle y, además, no quería alarmar innecesariamente al vecindario.

Regresó al interior. Dunstan estaba en el despacho, vestido a medias, sosteniendo en la mano un objeto extraño.

—¿Quién diablos hace la competencia al correo de los Estados Unidos? —rezongó el comisario.

Max tomó el objeto, sumamente intrigado. Era una piedra envuelta en un papel, sujeto a la misma por un simple hilo.

Max rompió el hilo, desplegando el papel. Leyó su contenido, soportando casi el peso de Dunstan, el cual alargaba el cuello por encima de su hombro para leer el mensaje.

La nota era corta y, aun sin firma, podía saberse fácilmente quién había sido el autor.

“Yo no soy el asesino que ustedes buscan. Ni maté tampoco a

Bareton. Deben orientar sus pesquisas hacia otra parte. Les ayudaría con mucho gusto, pero temo me detengan apenas me echen la vista encima. Estoy reuniendo pruebas para demostrar mi inocencia. En cuanto las tenga, me presentaré”.

—¡Qué desfachatez! —exclamó Dunstan.

Max no dijo nada. Calló, en tanto miraba pensativamente hacia el vidrio roto.

CAPÍTULO XIII

Dunstan consultó el reloj.

—Son ya las seis de la mañana —rezongó—. Treiggs tendría que haber venido ya aquí hace más de una hora. Esta tardanza empieza a alarmarme.

El joven se puso en pie, ciñéndose la pistolera. El alba empezaba ya a aclarar el cielo hacia el Este.

—Voy a acercarme a ver qué le ha podido ocurrir a Treiggs. Mientras tanto, mire a ver si puede hacer revivir a ese borracho.

Dunstan meneó la cabeza sentenciosamente.

—¡Hum! Como no traiga el tanque de los bomberos para rociarle de agua…

Max salió de la oficina y montó en el coche, arrancando en dirección a la granja de Treiggs. Estaba preocupado por la tardanza del individuo, y empezaba a temer que le hubiera pasado algo desagradable.

Rodó a toda la velocidad posible. A poco de salir de la ciudad, pudo apagar los faros; la luz del día era ya suficiente.

Se adentró entre vastas plantaciones de algodón y tabaco, fuente principal de riqueza de Masakegoo. El camino hasta la granja de Treiggs estaba bordeado de una espesa fila de álamos, sicómoros y robles, que formaban casi un túnel de verdor, sin apenas solución de continuidad. Era un camino bastante descuidado y con numerosas curvas, por lo que el joven se vio constreñido a reducir la velocidad más de lo que hubiera deseado.

De repente, cuando apenas le faltaban ya dos millas para llegar a la granja, al volver una curva, descubrió un coche atravesado en el camino. El caballejo que tiraba del birlocho ramoneaba tranquilamente en los matojos de la orilla.

Max clavó el freno a fondo, presa su ánimo de una súbita inquietud. Reconoció el calesín de Treiggs, sin la menor dificultad. Pero el coche se hallaba vacío. ¿Dónde estaba su propietario?

Miró en derredor suyo, con la pistola en la mano, sin encontrar la menor señal de presencia humana. En vista de que no veía nada, continuó el avance a pie.

Caminó durante cuarenta o cincuenta metros. De repente, al doblar una curva, vio a Treiggs.

Se quedó clavado en el suelo, convertido en una estatua.

El cuerno de Treiggs pendía de la rama de un corpulento roble que avanzaba transversalmente hasta llegar casi al borde opuesto del camino. Sus brazos caían lacios a los costados y los pies le apuntaban al suelo.

Tenía los ojos fuera de las órbitas, enormemente agrandados por el espanto y el horror, y la lengua, horriblemente gruesa y negruzca, le asomaba casi un palmo fuera de los labios amoratados, por una de cuyas comisuras había corrido un hililllo de sangre, ya casi seca.

Max tragó saliva. El espectáculo era realmente impresionante. Sin embargo, hubo de dominarse y avanzó hacia el ahorcado.

Los pies de Treiggs estaban a más de metro y medio sobre el suelo. Max levantó la mano, tocando la carne de una de las piernas, que halló tibia todavía, aunque menos de lo normal en una persona viva. Esto le dijo que el crimen se había cometido al menos media hora antes.

Encendió un cigarrillo para disipar el mal sabor de boca que le había asaltado súbitamente. Volviendo la espalda al cadáver, trató de reconstruir la escena.

Al cabo de unos instantes de meditación, creyó haber hallado la solución. El asesino había estado esperando a su víctima encaramado en la rama del árbol. Esta era lo suficientemente fuerte, no solo para sostenerle a él, sino también a su víctima. Y cuando Treiggs pasó por debajo, Johnny —¿había sido él?— le arrojó el lazo que se le enroscó al cuello, estrangulándolo en cuestión de segundos.

Arrojó el cigarrillo y se enfrentó de nuevo con el muerto. Pudo ver algunos rasguños en el cuello de Treiggs, no demasiados, puesto que las manos le pendían inertes. Pero en el primer momento, el instinto le hizo intentar deshacerse del lazo mortífero, cosa que no pudo conseguir.

El otro extremo de la cuerda estaba amarrado al tronco del árbol, después de dar una vuelta en torno a unas ramas, transversales a fin de evitar deslizamientos laterales beneficiosos para la víctima. Si el birlocho llevaba una velocidad de doce o quince millas solamente, pues era razonable suponer que llevaría bastante prisa para llegar a la ciudad, la muerte había tenido que producirse de manera casi instantánea.

Allí ya no tenía nada que hacer, excepto avisar al forense y a la ambulancia. Sacó una navajita del bolsillo y cortó la cuerda. El cuerpo de Treiggs cayó al suelo con sordo choque. Max lo arrastró hasta situarlo fuera del camino, después de lo cual regresó al coche.

Más que correr, voló en loca carrera hacia la ciudad.

Frenó aparatosamente ante la oficina, en la cual penetró como una tromba.

Dunstan salió a recibirle.

—Jefe, Dendry se ha despertado ya. Me ha costado bastante, pero al fin lo conseguí. Le he amedrentado y dice que hablará.

De repente, Dunstan advirtió la palidez que cubría el rostro del joven.

—¡Max! ¿Qué te sucede?

—Treiggs ha muerto.

Las piernas de Dunstan perdieron repentinamente su fuerza. Sin poder

mantenerse erguido, buscó una silla casi a tientas y se sentó en la misma.

—¡Cristo! —exclamó.

Max fue hacia la cafetera y se sirvió una taza de café que tomó casi de un trago. Luego se volvió hacia el comisario.

—Avise al forense que vaya a recoger el cuerpo de Treiggs. Luego será preciso dar conocimiento a su viuda.

—Sí —dijo Dunstan con aire desmadejado—. ¡Cielos! ¡La que se va a armar cuando se sepa!

Max repitió el café. Al terminar, prendió fuego a un cigarrillo.

—El asesino le esperó en el camino y le sorprendió, echándole una soga al cuello. El resto fue fácil; Treiggs murió prácticamente sin oponer resistencia.

—Johnny está cumpliendo su amenaza hasta ahora —murmuró el comisario lúgubremente—. Y el caso es que anda suelto por aquí. ¿Qué podríamos hacer para echarle mano?

Max apretó los labios.

—Yo sé cómo hacerlo —declaró—. Hay un medio indudable para obligarle a que se persone y lo pondré en práctica. Pero no ahora, sino a la noche.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que por el día está escondido y es por la noche cuando sale. Al hacerse la obscuridad, me traeré detenidas a Sabine Wess y Louise Pellon. Johnny las conoce, y ellas, por su parte, tienen cierta influencia sobre él. Estoy seguro de que se presentará para evitar que sufran algún daño. No físico, por supuesto, sino de tipo legal.

—Entiendo —murmuró Dunstan. Se puso en pie y se fue hacia el teléfono—. ¡Rayos, vaya una nochecita!

En aquel momento se oyó un grito agudísimo.

Los dos hombres se miraron alarmados. El grito procedía de la celda de Dendry.

El aullido volvió a repetirse. Luego se oyó la voz del vagabundo:

—¡Por el amor de Dios! ¡Un médico, pronto! ¡Me muero, socorro!

Los dos hombres se precipitaron a una hacia la celda del detenido, atropellándose en su ansia por llegar cuanto antes a ella. Al alcanzar la puerta de la celda, Max la abrió de golpe.

En el momento en que iba a penetrar, la mano de Dunstan le detuvo con enérgica rudeza.

—¡Quieto, muchacho!

Antes de que el joven, sumamente extrañado por la insólita actitud de su comisario, se percatase de lo que este iba a hacer, oyó dos estampidos.

La celda se llenó de un acre olor a pólvora quemada que les hizo toser y estornudar violentamente. Cuando el humo se hubo disipado un tanto, los ojos del joven captaron una terrible escena.

En el suelo yacían los dos trozos de una serpiente, partida por las certeras balas de Dunstan. Los fragmentos se retorcían todavía de un modo que al joven le inspiró verdaderas náuseas.

En la cama, el camastro, Dendry se debatía epilépticamente sufriendo horribles dolores. Sus manos aparecían engarabitadas y su rostro había adquirido un repugnante tono entre verdoso y violáceo que infundía verdadero horror.

—¡Le han arrojado una *mocasín!* —exclamó Dunstan, espeluznado.

—¡Llame al médico, pronto! —ordenó el joven.

—Lo haré —respondió el comisario, echando a correr. Se detuvo en la puerta de la celda y meneó la cabeza—. No podrá hacer nada. Las mordeduras de una *mocasín* son fatales.

Max convino en su fuero interno con las palabras de su ayudante. Pocas serpientes hay más venenosas que la *mocasín,* la toxicidad de cuya ponzoña supera a la del crótalo del desierto de Arizona y a la cobra de la India. El cuerpo de Dendry empezaba ya a adquirir cierta rigidez tetánica, precursora de la muerte inminente que no había de tardar mucho en sobrevenirle.

La mano y el brazo izquierdo del desgraciado estaban monstruosamente hinchados, tan rápido era el veneno del reptil. De haberle picado este en una pierna, en un tobillo, las posibilidades de salvación habrían sido mucho mayores. Pero en el brazo izquierdo, se reducían prácticamente a cero. El veneno circulaba ya con gran rapidez por el torrente sanguíneo, y en breve alcanzaría el cerebro, afectando los centros nerviosos, principalmente los respiratorios, con lo cual la parálisis pulmonar no tardaría mucho en sobrevenir y con ella la muerte por asfixia.

A pesar de todo, Max trató de hacer un último esfuerzo. Sacó un pañuelo y limpió de los labios ya amoratados del agonizante una espumilla rosada que había aparecido en ella.

—¡Dendry! —exclamó—. ¿Me oye usted?

El moribundo volvió hacia él unos ojos horrorosamente deformados.

—Sálveme… —dijo con voz balbuciente—. Sálveme… y prometo decir todo…

—Hable ahora que aún es tiempo, Dendry. ¿Quién le ha asesinado?

El cuerpo del desdichado se retorció horriblemente. Un espantoso ronquido se escapó de su boca.

—Me… me arrojaron… la serpiente… Estaba… atontado y no me di… no me di cuenta hasta que me… me mordió… ¡Oh, Dios mío, cómo duele!

—¡Dendry! Hable usted. ¿Quién le ha matado? ¿Fue Johnny?

Los ojos del agonizante adquirieron de repente un pronunciado estrabismo.

—Johnny… maldito… por su culpa… —boqueó ansiosamente en busca de aire. Sus costillas se movían como las paredes de un fuelle.

—¡Conteste, Dendry! —chilló el joven—. ¿Fue Johnny McTell, sí o no?

—Es… yo… —y de pronto, todo el cuerpo del moribundo se arqueó, sosteniéndose únicamente con la cabeza y los talones, a la vez que un horroroso grito se escapaba de sus labios.

Max comprendió que ya no podría obtener ninguna respuesta inteligible del moribundo. Este se agitaba con feroces movimientos, y el joven hubo de aplicar toda su fuerza para poder sujetarlo sobre el camastro.

Se oyó ruido de voces y luego de pasos acelerados. Dos o tres personas irrumpieron precipitadamente en el corredor.

El forense penetró en la celda, arrodillándose junto al camastro. Su aguda mirada captó al instante los destrozados restos de la serpiente.

Meneó la cabeza con gesto pesimista.

—¿Qué ha sucedido, Max? —preguntó Mickerson, el periodista.

—Ya puede verlo —contestó el joven—. Alguien le arrojó a Sam una serpiente *mocasín* para silenciarlo.

El médico abrió un maletín. Empezó a preparar una jeringuilla de inyecciones.

—Le pondré morfina —dijo—. Es lo único que puedo hacer por el momento. Al menos —suspiró—, que no muera como un perro rabioso. La serpiente le picó demasiado arriba.

—Dunstan —dijo el joven—, dé la vuelta al edificio y vea a los vecinos más próximos si vieron alguna persona sospechosa.

Sus esperanzas se vieron completamente defraudadas. El vagabundo murió sin recobrar el conocimiento.



...y perdió el sentido

CAPÍTULO XV

Max contempló con aire sombrío el informe bulto cubierto con una manta que dos camilleros se llevaban al depósito de cadáveres. Encendió un cigarrillo y aspiró hondamente.

—El asesino debió venir muy temprano —dijo Dunstan—, cuando todavía era de noche. Trajo la serpiente en una cesta y la soltó a través de la ventana. El animal debió quedar agazapado entre las mantas de la cama; son muy frioleros, ya lo sabes. Y luego, cuando entró en calor y Dendry empezó a moverse… ¡Dios mío! —se estremeció el comisario—. Y pensar que yo mismo he estado a punto de morir mordido por ese bicho.

Max se puso el sombrero y se aprestó a salir.

—Tengo que hacer una visita, dos, mejor dicho. Quédese aquí. Hable con Sbero y dígale que uno de nosotros se situará de modo permanente junto a su casa para vigilarle —y con sonrisa amarga, añadió—. El alcalde Philipson y sus compañeros de Concejo estarán satisfechos, ya no tienen que gastarse el dinero en más ayudantes.

Dunstan hizo una mueca.

—Quedamos los justos. Posiblemente lo querían así. ¿Le digo algo a Callamor?

El joven meditó unos instantes.

—No; espera; más tarde iré yo mismo a verlo en persona.

Salió de la oficina y se dirigió a la tienda de Sabina. Su sorpresa fue enorme al verla cerrada.

Llamó en la puerta contigua, sin recibir ninguna respuesta. El dueño de un establecimiento vecino le dijo que la muchacha no había sido vista aquella mañana.

—¿Le habría ocurrido algo? —pensó, con el ánimo acongojados. Y luego, recordando los sucesos de la noche anterior, supo lo que había hecho la joven—. ¡Se ha marchado! —barbotó, exasperado.

Montó en el coche y salió a toda velocidad, haciendo aullar la sirena, hacia la calle Jackson. Frenó con gran estrépito de gomas y se dirigió hacia la casa, cuya dueña le acogió con su acostumbrada cara de pocos amigos.

—¿Dónde está la señorita Pellon? —preguntó.

—Arriba, en su cuarto, supongo.

—Bien, déjeme pasar, señora Mulligan. Lo siento, pero tengo que llevarme detenida a la señorita Pellon como cómplice de las muertes cometidas por Johnny McTell.

La señora Mulligan exhaló un chillido de susto.

—¡Cielos! ¡Y pensar que he tenido alojada en mi casa a una mujer semejante! ¿Qué pensarán de mí en la ciudad? —empezó a lloriquear—.

Mi reputación está por los suelos, los huéspedes se me marcharán… y yo me quedaré arruinada…

Max no hizo caso de los gemidos de la pobre viuda. Subió las escaleras de cuatro en cuatro y se precipitó hacia la puerta del cuarto de Louise Pellon, a la cual llamó con grandes golpes.

Nadie le contestó. En vista de ello, hizo girar el pomo y abrió la puerta.

—¡Señorita Pellon!

La habitación estaba vacía.

Max se detuvo en el centro, mirando a todas partes, como no queriendo dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

La habitación estaba en desorden, pero no demasiado, como si su ocupante hubiera salido de ella precipitadamente, aunque sin llevarse más que lo puesto. La cama estaba deshecha y las ropas interiores de Louise tiradas de cualquier forma por todas partes.

Mark registró precipitadamente el armario ropero, así como un par de maletas que halló en el mismo, sin encontrar el menor indicio del lugar, adonde había podido dirigirse la rubia. Finalmente, llegó a la conclusión de que debía hallarse todavía en la ciudad o sus alrededores, convenientemente escondida, en unión de Sabine y del asesino.

—¿Será posible —se preguntó el joven, tremendamente aturdido—, que ese forajido haya podido convencer a dos mujeres para que le ayuden en la comisión de sus crímenes?

Salió de la habitación, enfrentándose con la señora Mulligan.

—Deme la llave de la habitación —pidió.

La viuda se la entregó. Max cerró y se la guardó en el bolsillo.

—Hasta nueva orden —dijo—, esta habitación queda clausurada, señora Mulligan.

Bajó las escaleras corriendo y se dirigió al coche, regresando a la comisaría de policía. Dunstan estaba allí, reviendo un rifle.

—Me voy junto a Sbero —dijo el comisario.

—Bien.

Max tomó también otro rifle.

—Yo voy a hacer una pequeña visita a Callamor, a fin de tenerle prevenido —informó Max.

Los dos hombres salieron juntos de la oficina. Cuando se disponían a separarse, llegó Philipson, el alcalde, seguido de tres o cuatro hombres.

—¡Jefe! —gritó—. ¿Qué es lo que piensa hacer? ¡Han muerto cuatro personas…!

—¡Por culpa de ustedes y de su maldita avaricia! —explotó el joven, furiosísimo—. Quisieron ahorrarse unas docenas de dólares y ya ha visto usted los resultados. Supongo que los muertos les maldecirán abundantemente desde sus tumbas. Esa es una labor en la cual yo les acompaño con mucho gusto.

—¡Landy! —chilló Philipson excitadísimo—. Está olvidando que soy el alcalde y que puedo destituirle en cualquier momento.

—¡Váyase al infierno! —exclamó el joven, exasperado. Montó en el coche y salió arreando a todo gas en dirección a la hacienda de Callamor.

A mitad de camino redujo la marcha. Esto era necesario para cruzar sobre un crujiente puente de madera, atravesado sobre un arroyo de poca anchura, pero de bastante profundidad, diez o doce metros al menos. Las maderas amenazaron con romperse, pero resistieron. Max se preguntó cómo era que Callamor, un hombre tan cuidadoso de su persona y de sus bienes, no hacía reparar aquel puente en tan mal estado.

Olvidó el incidente y llegó a la hacienda, frenando ante la fachada. El criado negro salió a recibirle casi antes de que le llamara.

—Deseo ver al señor Callamor —dijo.

—Muy bien, señor. Un momento, por favor.

Callamor vino después, con el aire arrogante y altivo que le caracterizaba habitualmente. Miró a Max con expresión entre condescendiente y desdeñosa.

—¿Sí? —dijo lacónicamente.

—Cuatro de los amenazados han muerto ya, señor Callamor —manifestó el joven, sin andarse con más rodeos—. Por lo tanto, es evidente que el próximo atentado será dirigido contra usted o contra el señor Sbero.

Callamor enarcó las cejas.

—Parece estar muy seguro de ello, Landy —dijo.

—Yo no he sido amenazado —contestó el joven significativamente—. Por lo tanto, es obvio que no corro un peligro inmediato, a menos que el asesino me suprima a mí para poder matarle a usted con toda comodidad. Eso quiere decir que me voy a quedar aquí con el fin de protegerle a toda costa.

—No.

La palabra sonó seca, restallante como un fustazo.

Max parpadeó incrédulamente.

—¿Qué es lo que está diciendo, señor Callamor? —inquirió.

—Ya lo ha oído. Yo no necesito su protección para nada, policía —contestó el hacendado, con el tono despectivo que le era tan particular—. Tengo cinco o seis hombres, todos armados, los cuales me protegen lo suficiente para no temer nada de ese villano. Además —agregó con fría sonrisa—, está probado concluyentemente que yo también sé defenderme.

—Lo sé. Tuvo usted un tropiezo con él.

—Y lo hice huir vergonzosamente.

—Desdé luego. Pero, ¿está seguro de que era McTell?

—¿Y qué otro podía ser, sino él? Estaba apostado tras unas matas de algarrobos y tenía un rifle en la mano. Afortunadamente, le vi antes y pude dispararle un tiro. No me dio tiempo a largarle el segundo —concluyó el

hacendado con sarcástica sonrisa.

—Está bien. De todas formas, me quedaré aquí a protegerle…

—¡Le he dicho que no necesito su ayuda para nada! —replicó Callamor airadamente—. Me basto yo solo para cuidar de mí mismo, ¿me entiende?

Max apretó los labios.

—Está bien. A su gusto. Pero luego, si le sucede algo, no quiero ninguna responsabilidad.

—Oh, no se preocupe por ello, jefe. Aguarde un momento. Le firmaré un documento para que pueda presentarlo usted en cualquier momento.

—De acuerdo. Es una buena idea.

Callamor salió de la estancia. A los pocos momentos, Max oyó el repiqueteó de una máquina de escribir, cuyo ruido cesó casi enseguida.

El dueño de la casa, regresó poco después con un papel en la mano.

—Tome usted —dijo—. Ahí tiene eso. Léalo.

Max pasó rápidamente la vista por los renglones escritos. Luego dobló el papel y lo guardó en el bolsillo de su camisa.

—Ojalá sea como usted piensa —contestó secamente.

Y dando media vuelta, se dirigió hacia la puerta.

Cuando ya iba a salir, sin embargo, giró la cabeza.

—Señor Callamor —dijo—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto —el tono del hacendado continuaba siendo glacial.

—Cuando declaró usted en el juicio contra Johnny McTell, ¿declaró *todo* cuanto sabía… o lo que dijo era *toda* la verdad?

El rostro de Callamor se congestionó hasta el borde del estallido.

—¡Salga usted de mi casa en el acto! —dijo airadamente.

Max sonrió con gesto lleno de malicia.

—Muy bien, muchas gracias. Buenos días, señor Callamor.

Regresó a Masakegoo. Dióse una vuelta por el almacén de Sbero.

La tienda estaba vacía. Su dueño aparecía muy nervioso, en tanto que Dunstan, sentado a medias en un saco de habichuelas, mascaba su tabaco apaciblemente.

Volvió a la oficina. Advirtió en la gente con quien se cruzaba la tensión existente. Incluso la temperatura, que en los últimos días había refrescado notablemente, parecía haber aumentado.

El día transcurrió lenta, interminablemente. Max durmió a ratos, conectándose telefónicamente de vez en cuando con el almacén de Sbero. También llamó a Callamor un par de veces, pero desistió de hacerlo cuando el hacendado le envió redondamente al infierno.

La noche llegó, envolviendo a la ciudad. Cenó fuerte y tomó un par de tazas de café, saliendo después a efectuar una ronda por las calles. Prácticamente, la ronda se limitó a un viaje continuo entre la tienda de Sabine y la pensión de la señora Mulligan, con algunas escapadas al almacén de Sbero.

Al amanecer se sentía físicamente rendido. Regresó a la oficina y se tendió a dormir un rato. Antes de hacerlo, pensó en que resultaba curioso que en toda la noche no se hubiera tropezado con ninguna persona. Parecía como si todos tuvieran miedo de ser asesinados por Johnny McTell, cuando la realidad era que solo los amenazados por el asesino podían temer algo del mismo.

El estrépito del teléfono le despertó de inmediato. Sentóse sobresaltado en el diván y se frotó los ojos con fuerza.

Caminó con paso torpe. Pero todas las brumas que cubrían su cerebro se disiparon inmediatamente al oír la excitada voz de su comisario.

—¡Max, ven inmediatamente al almacén de Sbero! ¡Date prisa, el tipo se me ha escapado!

CAPÍTULO XV

Montó en el coche y salió a toda velocidad, haciendo ulular la sirena del automóvil. Llegó en contados minutos a la puerta del almacén, donde ya le esperaba su comisario.

Dunstan abrió la portezuela del coche y se metió de un salto en su interior.

—¡Arrea, muchacho! ¡Pisa el acelerador!

Max obedeció sin replicar. Cuando el coche hubo adquirido una buena velocidad, preguntó:

—¿Hacia dónde vamos?

—Ese condenado —masculló Dunstan—. Me la pegó. Dijo que se iba al lavabo y… demonios, no le iba a seguir hasta allí. Debió saltar por una puerta trasera a su garaje. Lo primero que advertí fue el ruido del motor… Busca el sendero de los Abedules, se ha dirigido hacia allí.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el joven, tomando la dirección indicada.

—Me fijé cuando arrancó. Por la ruta que llevaba, no podía dirigirse más que hacia un sitio.

—De acuerdo ¿Notó usted algo raro en él durante el día de ayer, Dunstan?

—Estaba muy nervioso. ¿Y quién no, en estas circunstancias? Todo el día se lo pasó mascullando reniegos como “ese puerco… cochino bastardo… ya estoy harto” y cosas así por el estilo.

—¿Citó algún nombre?

—No, pero, ¿a qué otro podía referirse?

—¡Hum! —masculló el joven.

Entró como una bala por el Sendero de los Abedules, flanqueado a derecha e izquierda por espesas filas de dichos árboles, viéndose obligado a reducir un tanto la marcha. Esto le permitió, no obstante, divisar claramente las improntas de los neumáticos del coche de Sbero, grabadas claramente en el polvo del camino.

El sendero viraba bruscamente hacia la izquierda, dejando a la derecha un caminejo apenas lo suficientemente ancho para que pudiera pasar por él un caballo. Era obvio que Sbero no había podido continuar por allí.

Max comprobó asombrado la nueva dirección de Sbero.

—¡Se dirige a la granja de Callamor! —exclamó.

Arrancó de nuevo.

—Quisiera saber de qué tiene que hablar con un tipo tan antipático —masculló.

—Sbero sabe que Callamor tiene numerosos hombres que pueden

protegerlo —sugirió Dunstan.

—Es probable —concordó el joven, procurando sacar al vehículo el máximo de velocidad, aun a riesgo de romperle una ballesta o un eje.

De súbito, el Sendero de los Abedules empalmó con el camino de la granja de Callamor. Dunstan lanzó un gritó.

—Míralo, muchacho, allá va.

Una nube de polvo les precedía a medio kilómetro de distancia. Aquel trozo de camino estaba un poco mejor y el joven pudo hundir el pedal del acelerador hasta el suelo. Conectó al mismo tiempo la sirena.

El coche que les precedía aumentó la velocidad. Max llegó a temer que no podría alcanzarle, pero el suyo era bueno y potente, y la distancia empezó a reducirse poco a poco.

Súbitamente, el coche de Sbero desapareció.

Por un instante, Max pensó que se había hundido da modo misterioso, como por un escotillón. Luego, un estruendo formidable llegó a sus oídos.

—¡El puente! —gritó, echando el freno.

Detuvo el coche al borde de la cortadura. Él y Dunstan se arrojaron fuera, mirando desde la orilla al fondo del barranco.

El puente de madera se había partido en dos por la mitad al no poder resistir el peso del coche de Sbero. El vehículo, lanzado a toda velocidad, se había estrellado primero contra la pared del fondo, retrocediendo después y volteando mientras, caía, hasta quedar boca abajo en el fondo, convertido en un informe amasijo de metales retorcidos.

Una leve humareda se elevaba de aquel montón de hierros destrozados. De pronto, se oyó un fuerte resoplido.

—¡Se incendia! —gritó Dunstan.

Las llamas brotaron arrolladoras, envolviendo al vehículo en cuestión de segundos. Sonaron un par de explosiones, procedentes de los neumáticos que no habían reventado con el impacto.

Max movió la cabeza con gesto pesimista.

—El asesino se está saliendo con la suya —dijo. Ya ha cometido cinco muertes.

—Pero no cometerá la sexta —se oyó en aquel momento una voz firme y clara.

Max y Dunstan se volvieron estupefactos. Los ojos del joven se dilataron al ver a un hombre que aparecía por entre la espesura de los algodonales próximos, acompañado por dos mujeres.

—¡Johnny McTell! ¡Sabine! ¡Louise Pellon!

CAPÍTULO XVI

Dunstan fue el primero en reaccionar. Desenfundó el revólver y apuntó con él al presunto asesino.

—¡No te muevas, Johnny McTell! ¡No te muevas o te mataré como a un perro rabioso!

McTell levantó las manos con gesto negligente, a la vez que sonreía tranquilamente.

—No me escaparé, Dunstan. Baja el revólver sin miedo.

—¡Que te crees tú eso! —refunfuñó el comisario.

—Antes de seguir adelante —dijo Max, adelantándose hacia el otro—, sería mejor que me explicase los motivos de su presencia aquí, Johnny McTell, ¿se da cuenta de que está reclamado por el asesinato de Ralph Bareton y que, además, se le acusa de varias muertes más? No hable si no quiere hacerlo hasta tener un abogado al lado, pero es mi obligación advertirle que queda detenido a partir de este momento.

McTell volvió a sonreír.

—Antes dije que el asesino no cometería la sexta muerte. Claro, no piensa suicidarse, que sería el modo de hacer efectivas las amenazas de las seis cartas.

—¿Las escribió usted?

—Sí.

Las dos mujeres permanecían silenciosas. Max se preguntó qué papel desempeñarían junto a Johnny.

—¿Por qué? —inquirió.

—Fui acusado injustamente de la muerte de Bareton. Uno de los seis cometió el crimen. Tenía deseos de volver a Masakegoo, donde siempre he vivido. Pero no podía hacerlo en tanto no supiera exactamente quién era el asesino para desenmascararlo y así librarme de la acusación que pesaba sobre mí.

—¿Y ahora lo sabe?

—Sí.

—¿Quién es?

—Poco a poco, por favor, jefe —dijo Johnny—. ¿No le parece que antes sería mejor hacer un poco de historia?

—Estoy conforme en ello, pero no me gaste ninguna de sus jugarretas, Johnny McTell. Dunstan tiene muy malas pulgas y tirará a matar si ve en usted algo sospechoso.

—Ya dije antes que no tenían nada que temer de mí —contestó el perseguido—. Escuche. Todo lo que sucedió hace diez años fue una

confabulación para librarse de mí. Bueno, quizá no sea esta la frase exacta, pero al menos, sí se libraron de Bareton, que era lo que realmente les interesaba.

—Sbero le odiaba a muerte —prosiguió Johnny—, porque le debía mucho dinero. Fue un suceso muy conveniente para él, ya que así se libraba de una deuda enojosa, la cual no constaba en los libros oficiales de Bareton. Los dos, Bareton y Sbero eran muy reacios a los impuestos y los eludían cuanto era posible. Por eso no apareció nada referente a la deuda cuando se hizo la intervención de los bienes del muerto. El libro privado debe estar en alguna parte, posiblemente en poder del asesino.

—Entonces, ¿por qué declaró centra usted?

—Sugestionado por el asesino de Bareton, quien le amenazó con hacer efectiva la deuda si declaraba otra cesa. Esto le hubiera arruinado, compréndalo.

—Lo cual significa que el asesino se había apoderado del libro.

—Exactamente. Tenía acceso a los documentos del muerto y cuando decidió matarlo, lo primero que hizo fue apoderarse de dicho libro. No era solamente el nombre de Sbero el que figuraba en esas páginas, sino también el de Treiggs. Pero así como Sbero supo prosperar, Treiggs se hundió cada día más y más, y todo ello por su condenada afición al juego, ¿comprende?

—Hasta ahora, sí —respondió Max, arrojando una significativa mirada hacia Sabine. La muchacha se puso muy encarnada, pero no dijo nada.

En cambio, Louise Pellon se apoyaba indolentemente en el brazo de Johnny y le miraba de vez en cuando con expresión amante y codiciosa a la vez.

—Sigamos con los restantes testigos —añadió Max—. ¿Elsa Korpey?

—Declaró que me había visto a mí. Pero lo cierto era que fue el asesino, vestido como yo, incluso con una camisa encarnada idéntica a la mía. El criminal conocía su enredo con Dendry. La amenazó, calculo, alguna noche de las siguientes, en la oscuridad, con revelar el secreto. Esto hubiera sido la muerte para Elsa, ya que su reputación hubiera resultado destruida. Elsa, de mejor o peor manera, había encontrado el amor en su vida, y estaba sinceramente enamorada de un vagabundo y un borrachín como Sam Dendry. Ella, tan puritana y tan intransigente en lo que respecta a las buenas costumbres… bueno, figúrenselo ustedes dos.

Max asintió pensativamente. Después de haber contemplado aquella escena en casa de los Korpey, todo le parecía lógico.

—¿Y Dendry, por qué murió?

—Era razonable suponer que Elsa, con el tiempo, le habría relatado lo que sabía… Por otra parte, Dendry tenía una vista excepcional. El asesino, en el momento de matar a Bareton, mencionó el nombre de mi antigua novia. Dendry lo oyó y ató cabos, pero luego se encontró con la enorme

sorpresa de ver que no era yo, sino otro el que había disparado contra Baratón. Y Elsa le debió convencer para que dijera que había sido yo. Elsa tenía mucho miedo a que se descubriera su lío, y Dendry, por su parte, no quería perder la ganga que le suponía su enredo con Elsa. Buena comida, bebida a discreción, diez dólares de cuando en cuando… y lo demás.

—Comprendo —asintió el joven—. ¿Y Beaufort?

—Ese me tenía un odio particular que no tenía ninguna relación con los demás. En cierta ocasión, yo fui ayudante del anterior jefe de policía, e hice que le cerraran el local durante una buena temporada. Lo que allí se hacía, consentido, tolerado y animado por Beaufort, no puede expresarse en presencia de damas. Yo me enteré y el bar fue clausurado. Beaufort me odió a partir de entonces y se descargó contra mí en el juicio.

—Pero entonces, el asesino, no tenía razón alguna para matarle. No podía temer que Beaufort le delatara.

—Es claro que, pensando lógicamente, así debía haber sido. Pero yo había dirigido las cartas amenazadoras a los seis, con el objeto ya expresado de que el asesino se descubriera y poder demostrar así mi inculpabilidad en el asunto de la muerte de Bareton. Si Beaufort estaba amenazado de muerte, ¿por qué no ejecutar dicha amenaza?

—Entiendo. Un asesinato más, poco podía importarle al criminal.

—Exactamente.

—¿Y usted está seguro de que fue él?

—Es el único que queda vivo de los seis, ¿no? —sonrió Johnny.

—Bien. Pero me gustaría saber por qué mató a Bareton.

—En un principio había sido empleado suyo. De ahí el que pudiera apoderarse del libro de cuentas privado. Luego se estableció independientemente, pero no podía prosperar mientras Bareton viviese. Entonces surgió la enemiga entre nosotros dos y decidió aprovecharse de la situación para deshacerse de un posible competidor.

—Treiggs le encontró a usted borracho en el henil y en su escopeta había un cartucho descargado. Además, usted admitió haber matado a Bareton.

—Lo primero es cierto —respondió Johnny—. Pero no lo segundo. Me encontré con Bareton, pues sabía dónde hallarle, y nos peleamos duramente. Al fin le hice huir y tomé la escopeta para pegarle un tiro. Pero me lo pensé mejor en el último momento y levanté el arma. La descarga salió alta y Bareton continuó huyendo —Johnny meneó la cabeza—. Mi novia no era todo lo buena que debía ser y no merecía la pena de que me perdiera por ella. Hice bien; mis cálculos resultaron exactos. Antes del año, ella, que había pretendido pescar a Bareton, se encontró casada con un individuo pobre como las ratas, vago y borrachín, y ahora tiene cuatro hijos y espera el quinto. En diez años ya no hay quien la conozca.

Johnny emitió una risa nerviosa.

—Luego caminé al azar. Llegué a la granja de Treiggs y le asalté la cocina. Conocía la casa como la palma de mi mano. Encontré una botella de matarratas y me emborraché. Al despertarme, Treiggs me comunicó la noticia. Me quedé aturdido, pues no creía haberle matado, sinceramente. Treiggs tomó mi aturdimiento como una expresión de la verdad… y el resto lo hizo la deuda que tenía con el muerto y que el asesino se había *traspasado* a sí mismo graciosamente.

La mirada de Max se posó sucesivamente en las dos jóvenes.

—Supongo que también tendrá usted una explicación para la compañía de estas dos damas a su lado —dijo con acento severo.

McTell se echó a reír.

—Louise es mi esposa. Y un hábil abogado, además, pese a su aspecto de vampiresa. Ella sí que me quiere sinceramente y fue la que me sugirió la idea de rehabilitarme. He vivido durante diez años en Pine Bluff, sin que nadie pudiera descubrirme, pero me ahogaba fuera de Masakegoo. De modo que vino aquí, con ánimo de ir practicando investigaciones que pudieran ayudar decisivamente a la revisión de mi proceso.

—¿Y Sabine?

—Es la hermana menor de Louise. Cuando yo empecé a suspirar por Masakegoo, Louise la envió por delante a montar una tienda y que fuera estudiando a la gente. No puede imaginarse la cantidad de confidencias que puede hacer una mujer que necesita comprarse un sostén o un camisón. Se oyen muchas cosas interesantes, la verdad; y una persona con cierta capacidad intelectual, puede ir atando cabos poco a poco hasta descubrir la realidad de las cosas.

—Entonces —dijo Max—, solo nos falta detener al asesino.

—Exactamente —concordó Johnny.

—Nos va a ser muy difícil probar sus afirmaciones, McTell —adujo Max.

—Johnny tendrá ahora un abogado, cosa de que careció durante su proceso —dijo Louise, cuya expresión de descoco parecía haberse esfumado como por encanto—. Y Ruff Callamor pagará, no solo la muerte de Bareton, sino las otras cinco que ha cometido.

—Mis cartas le hicieron temer que alguno de los encartados le hiciese traición, a causa del miedo a mis amenazas —dijo Johnny—. Yo las escribí precisamente por eso mismo, para hacerles hablar, porque sabía que alguno de ellos tenía que conocer la verdad —meneó la cabeza pesarosamente—. Cuando me condenaron injustamente, sí, los hubiese matado a todos. Luego, el tiempo suavizó la cosa, pero no tanto que no desease el poder ir a todas partes con la cabeza bien alta.

Max asintió pensativamente.

—Hay un punto dudoso para mí —dijo—. Bareton gritó antes de morir que dejaría a Manny en paz. ¿Cómo me explica usted eso, McTell?

—Si se ha fijado en Callamor, verá que es, más o menos, de mi misma complexión. Para mejor echarme las culpas, se vistió de forma muy parecida a la mía. En la oscuridad, no es extraño que Bareton le confundiera conmigo… y estas fueron las frases que oyó Dendry. Pero Callamor no contó con el vagabundo y este poseía una vista excepcional.

—Entiendo —murmuró el joven. Luego se enderezó—. Tendrá que acompañarme, McTell, a fin de que pueda repetir todas esas acusaciones en presencia de Callamor.

—Recuerde que yo seré su abogado —dijo Louise. Tenía su bolso de rafia roja pendiente del hombro y golpeó con la mano izquierda—. Si quiere, puedo enseñarle mis patentes y mi título de graduada en leyes. Por si no lo supiera también le diré que antes de venir efectué mi matriculación en el colegio de Eaton Rouge, de modo que puedo ejercer en cualquier ciudad del Estado de Louisiana.

Max miró con admiración a la rubia.

—No han dejado nada al azar, ¿eh?

—Se trataba de mi esposo —contestó Louise, con una expresión de modestia que cuadraba muy poco con su despreocupación y sus exhibicionismos anteriores.

—Lo comprendo —murmuró el joven. Miró a Sabine. La muchacha se puso colorada y ello le gustó mucho, aunque se abstuvo de manifestarlo—. Bien, y ahora, vamos a repetir todo cuanto hemos hablado en presencia de Callamor.

Atravesaron el arroyo con bastantes dificultades y una vez en la otra orilla, emprendieron resueltamente el camino de la granja.

CAPÍTULO XVII

—Han tardado mucho en llegar —dijo Ruff Callamor fríamente, al recibirles en la mejor habitación de su residencia.

—Sí —contestó el joven—. El tiempo justo para enterarnos de los crímenes que ha cometido.

Una fría sonrisa apareció en los delgados labios del hacendado.

—Todo se paga en esta vida, ¿no es cierto?

—Usted lo ha dicho, señor Callamor —dijo Max—. Por lo tanto, y en bien de todos, le ruego confiese de una vez, a fin de evitamos un trabajo innecesario.

La mirada de Callamor se tomó inconsistente de pronto.

—Tenía que llegar este momento un día u otro —dijo lentamente y suspiró con fuerza—. En fin, la cosa ya no tiene remedio.

Mientras caminaban hacia la hacienda, Max había estado pensando intensamente y se había percatado de algunos detalles que se le habían pasado por alto.

—Debí haberlo sospechado antes —dijo—. Cuando usted acudió al incendio de la casa de Elsa Korpey y dijo que aún quedaban cuatro vivos. Tenía que expresarlo así, porque nadie podía sospechar, salvo yo, que Dendry estaba dentro. Es decir, que se suponía que estaba dentro, cuando, en realidad, se había ido antes. Usted no podía decir que quedaban tres, porque ello, hubiera sido tanto como reconocer que conocía las extrañas relaciones que unían a Elsa y Dendry, y en aquellos instantes, además, creía sinceramente que el vagabundo había ardido con la casa, ¿no es así?

—Su capacidad de penetración es muy aguda, Landy —reconoció el asesino.

—Hay otro detalle más. Usted llamó a Beaufort desde la cabina de la calle Bowie. Allí se le cayó un trocito de papel que debía llevar perdido por los bolsillos, un fragmento tan minúsculo, que solo cabe en él una letra: una “t”. Es absolutamente idéntica a las demás que hay en la nota que me escribió, exonerándome de toda responsabilidad, en caso de que le sucediera algo.

—Una imperdonable ligereza por mí parte, jefe —concordó Callamor.

—La cual le llevará a usted a la horca. He examinado también algunos estribos del puente. Están aserrados casi totalmente. ¿Llamó usted a Sbero?

—Le dije que se viniese hacia mi casa, que tenía en ella hombres suficientes para protegerle. El muy imbécil cayó en la trampa —rio el asesino despiadadamente—. Temía más a Johnny que a mí mismo. Se habrá enterado de ello en el infierno.

—Ya se lo dirá cuando se encuentren los dos en él —gruñó Johnny hoscamente.

—¿De veras lo crees así? —murmuró Callamor con acento despectivo.

Johnny no contestó directamente. Se volvió hacia el joven.

—Acabemos ya de una vez, Max —dijo—. Detén a este asesino y llévalo a la ciudad. Yo me presentaré también voluntariamente. Después, que resuelva la Justicia.

—Es una buena idea —aprobó el joven—. ¡Dunstan! —llamó.

El comisario no contestó. Max miró en torno suyo, dándose cuenta de que su ayudante se había esfumado silenciosamente, sin que nadie se hubiera apercibido del gesto.

—Es igual —dijo—. Señor Callamor, tenga la bondad de alargar las manos.

Max extrajo un par de esposas del bolsillo de su cadera y avanzó un paso hacia el asesino. Este levantó la mano derecha.

—¡Un momento, por favor! —dijo—. No tengo, ningún inconveniente en entregarme, pero antes, por favor, deje que encienda un cigarrillo.

Max frunció el ceño, aunque acabó por acceder a la petición de Callamor. Este retrocedió un paso y se acercó a la mesa que había en el centro de la estancia, sobre la cual podía verse una gran caja de madera, artísticamente tallada, evidentemente destinada a contener cigarros y cigarrillos.

Callamor levantó la tapa, metió la mano en la caja… ¡y la sacó armada con una pesada pistola automática!

Los ojos del asesino brillaron de repente con fulgor homicida.

—Creían que me iba a entregar tan mansamente como un borrego, ¿verdad? ¡Quietos, no se muevan o haré fuego en el acto! ¡Levanten las manos, todos, inmediatamente!

El tono de la voz de Callamor era tajante, categórico, y no admitía dudas. Los cuatro alzaron sus manos a la vez hacia el techo.

Max se maldijo por su imprevisión. Pero ya no podía hacer nada para evitar la fuga del criminal.

Este sonrió con aire de superioridad. La boca del cañón de su pistola apuntó hacia Sabine.

—Acérquese, señorita Wess, Usted me servirá de escudo para el caso de que alguno de sus acompañantes quiera intentar algo contra mí. Y tengan en cuenta de que ahora dispararé contra un blanco más positivo que una simple lata de judías.

—Como cuando fingió que Johnny le había atacado, ¿no es cierto? —dijo Max, tratando de desviar la atención del asesino.

—Exactamente. Pero ahora tengo carne delante y no un simple bote vacío. ¡Vamos, señorita, muévase pronto —rugió—; el tiempo pasa y no puedo perderlo en vacilaciones!

Sabine miró angustiosamente a Max. Este asintió con la cabeza.

—Haga lo que le dicen. Luego daremos la alarma general. No podrán ir muy lejos, se lo aseguro.

—Si tratan de detenerme —repitió Callamor—, mataré primero a la señorita. Ella será mi salvación. ¡Pronto, o disparo ahora mismo!

Sabine avanzó un par de pasos con aire renuente. Callamor alargó el brazo izquierdo para agarrarla por el suyo, pero en aquel momento sonó una voz.

—¡Callamor, tire el arma o disparo!

El asesino lanzó un bramido de ira al ver frustrados sus planes. En lugar de obedecer, volvióse rapidísimamente, apuntando con la pistola hacia el lugar donde sonaba la voz.

Trató de disparar. El rifle de Dunstan fue más rápido.

El trueno del disparo estalló fragorosamente dentro de la estancia. Callamor gritó agudamente y se tambaleó, retrocediendo unos cuantos pasos.

Desde el pie de la ventana, donde se había parapetado precavidamente, Dunstan volvió a disparar de nuevo. Algo rojo brotó instantáneamente de la nuca del asesino, yendo a manchar la pared que había tras él.

Callamor se irguió convulsivamente, estirando los brazos con un último gesto de agonía. Luego giró de repente y se desplomó hacia adelante, estrellándose con sordo choque centra el muro.

Sabine lanzó un grito y volvióse para no ver la horrible escena. Louise se adelantó para estrecharla en sus brazos, pero ella, incongruentemente, se refugió en los de Max.

Dunstan pasó una pierna por el alféizar de la ventana y luego la otra. Penetró en la estancia y avanzó hasta el encogido cuerpo de Callamor. Tras él se veían varios rostros de los trabajadores negros de la plantación.

El pulgar del comisario señaló a sus espaldas.

—Los traje para que oyeran lo que se decía aquí. Conviene tener testigos para cuando se revise el proceso de Johnny.

—Una buena idea, Chick —aprobó el aludido.

EPÍLOGO

Varios días después, cuando todo se había resuelto y la exculpación de. Johnny McTell se había hecho definitiva, Max penetró en la tienda de Sabine.

La muchacha le acogió con no disimulada simpar tía, aunque con cierta extrañeza.

—Aquí no se venden prendas para caballeros —dijo.

—Oh, ya lo sé. Únicamente quería preguntarle si vende equipos de novia.

Ella se puso muy colorada.

—En todo caso, si no lo tuviera, se encargaría.

Max se frotó la mandíbula con aire pensativo.

—Siempre me ha gustado una novia vestida de blanco, pero, por otra parte, he pensado también que, a fin de cuentas, lo que más importa en la ceremonia es la novia, vista como vista. ¿Usted qué opina?

—Nada, porque no soy parte interesada. ¿Conozco acaso a la novia?

—Yo creo que sí. Pero tengo una duda. Sé su nombre, aunque ignoro el apellido. No sé si se llama verdaderamente Pellon… o Wess… o McTell…

Los ojos de Sabine chispearon maliciosamente.

—¿Y si a partir de la boda se llamase Landy?

—Mi madre se pondría muy contenta si delante del apellido fuese el nombre de Sabine. ¿Qué dices a eso, cariño?

Ella le alargó los brazos a la vez que le ofrecía los labios invitadoramente.

—Que sí, mi vida —respondió.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáens y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-61 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Busó - Estrella, 122 - LA ASUNCION.

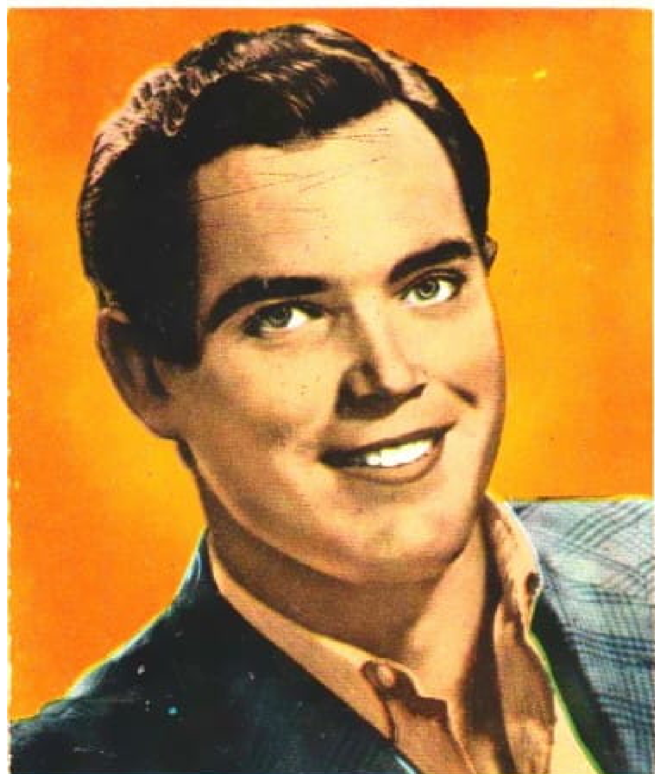
PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN (Para bolsilibros)

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domíngues y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS



Jeffrey Hunter

Henry H. McKinnies Jr., verdadero nombre de este actor, nació en Nueva Orleáns un 25 de noviembre. Ultimamente le hemos visto en "El sargento negro", y la última película que ha rodado es "Rey de reyes".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

1475

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

{1} *“Sad Lady”, significa Dama Triste.*
{2} *Dama Alegre.*
{3} *Alegre Divorciada.*